LUCHADORES DEL ESPACIO

EL IMPERIO MILENARIO



POR GEORGE H. WHITE

Los exilados de la Tierra llegan por fin a Nahum y se encuentran allí con el fabuloso autoplaneta “Valera”, el cual riñe furiosa y azarosa batalla con la Armada Sideral del Tercer Imperio Nahumita, más cruel y odioso que nunca, bajo el nombre de “El Imperio Milenario”.

Es el final de una apasionante aventura que comenzó en la Tierra, narrado por la brillante pluma de George H. White de forma amena y dinámica.



George H. White

El imperio milenario

La saga de los Aznar - 28

ePub r1.0
Titivillus 18.07.15

Título original: *El imperio milenario*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL IMPERIO MILENARIO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

EL IMPERIO MILENARIO

por GEORGE. H. WHITE

CAPÍTULO PRIMERO

TRAS el frente de cristal de su escafandra de vacío, el bello rostro del Almirante Polaris empalideció. Sus grandes e inteligentes ojos, negros como el mismo abismo espacial donde sus bravos soldados eran barridos por los torpedos nahumitas, se apartaron de la pantalla televisora para clavarse en el grupo de silenciosas ayudantes.

—Transmitan orden de retirada —murmuró. Y su propia voz, sonando dentro de la voluminosa escafandra de diamantina, se le antojó extraña a ella misma.

Las ayudantes cambiaron entre sí una mirada de dolor. Nadie pronunció la palabra humillante: “DERROTADOS”. Pero aún así estaba en el ánimo de todos. La vicealmirante Ferrara, se encaminó lentamente hacia la fila de radiotelegrafistas para transmitir la orden.

A la derecha de la Almirante Mayor, la mujer comandante del

buque esperaba en silencio. Irene Polaris se dirigió a ella:

—Vire en redondo, Anabella. Regresamos al autoplaneta.

—A la orden, almirante.

Irene Polaris volvió sus ojos a la gran pantalla televisora. Allí, las imágenes aparecían muy borrosas. Irene se dio cuenta de pronto de que estaba llorando. Era la primera vez que lo hacía en los últimos sesenta años, y su propio llanto la asustó.

Furiosa consigo misma, intentó retener acuellas lágrimas inoportunas. Era la Almirante Mayor, la “Superalmirante” del autoplaneta “Valera” a la vez que Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas. ¿Qué pensarían de ella sus soldados si supieran que su jefe supremo recurría a las lágrimas en el momento en que las Fuerzas Expedicionarias encajaban el mayor revés de su largo historial guerrero?

Irene Polaris, que en aquel momento no podía sonarse por impedírselo la escafandra, recogió con el extremo de la lengua las lágrimas que le rodaban por las tersas mejillas hasta la comisura de sus rojos labios.

Las lágrimas le supieron a amargo. Eran amargas en verdad, porque amargo era el trance por el que atravesaba Irene.

Cuarenta y siete años atrás, cuando el autoplaneta “Valera” llegó a la galaxia nahumita, el entonces Almirante Mayor de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas se encontró con la sorpresa de que el Imperio de Nahum había resurgido más pujante, más fuerte y más cruel de lo que había sido antes de que Miguel Ángel Aznar lo derrotara por dos veces consecutivas, hacía de ello alrededor de unos dos mil quinientos años.

El Cuerpo Expedicionario Terrícola, que tenía por base al fabuloso autoplaneta “Valera”, atacó al Imperio de Nahum. Pero los nahumitas, que durante los 2.500 años transcurridos habían perfeccionado incesantemente su Armada Sideral, tenían más buques y más torpedos atómicos que la Armada Sideral Terrícola, y éstos eran también de una calidad superior al material terrestre.

A los pocos días de haber llegado a Nahum, el autoplaneta “Valera” había tenido que retirarse con su flota diezmada, su provisión de proyectiles casi agotada y la moral de sus soldados hecha pedazos.

Como ocurría siempre que las cosas no salían como se esperaba,

los noventa millones de tripulantes de “Valera” y los altos jefes del Cuerpo Expedicionario buscaron en seguida un cabeza de turco a quien cargar con la responsabilidad del fracaso. La víctima propiciatoria fue el almirante Bernardo Quesada, Comandante en Jefe del autoplaneta “Valera”.

Como consecuencia de las luchas intestinas que se desarrollaron en el seno del propio Alto Estado Mayor, don Bernardo Quesada fue destituido de su cargo juntamente con otros altos jefes inmediatos. La almirante doña Irene Dumont fue llamada a sustituir a Quesada y con ello se dio satisfacción a un deseo largamente acariciado por la población femenina de “Valera” y las numerosísimas mujeres encuadradas en las filas de la Armada Sideral y el Ejército Autómata expedicionarios.

Por primera vez en la historia de “Valera”, una dama asumió el mando supremo del invencible autoplaneta y las fuerzas que tenían a éste por Base.

Nada parecía indicar en un principio que el mal llamado sexo “débil” acabaría por acaparar todos los puestos de responsabilidad de las Fuerzas Expedicionarias. Sin embargo, esto fue precisamente lo que ocurrió.

En los cuarenta y siete años siguientes, mientras “Valera” procedía a un febril rearme lejos de Nahum, el elemento femenino no dejó de conspirar ni un sólo momento desplazando a los hombres tanto de los primeros cargos al frente del Ejército y la Armada, como en el mando de los buques, de los regimientos “robot” y en las divisiones acorazadas del Ejército.

Mucho antes que el autoplaneta estuviera en condiciones de volver al ataque contra las fuerzas del Imperio Milenario de Nahum, “Valera” se había convertido en un auténtico matriarcado y las mujeres regían por completo tanto la vida social como los destinos del autoplaneta y las poderosas Fuerzas Armadas que lo guarnecían.

La fundadora de aquel estado feminista, la almirante mayor doña Irene Dumont, falleció a consecuencias de un desgraciado accidente sin poder gozar de la victoria que se prometía sobre el Imperio Milenario de Nahum, dos años antes que el autoplaneta “Valera” diera por terminados sus belicosos preparativos y volviera a la carga contra los planetas nahumitas.

La almirante Irene Polaris sucedió a su madre en el mando

supremo del autoplaneta y sus Fuerzas Expedicionarias a la edad de setenta años, a pesar de considerársele demasiado joven para ejercer un cargo de tanta responsabilidad.

Con esta sabia maniobra, las damas dejaron chasqueados a los varones que, rencorosos, esperaban ver a sus enemigas entablar una lucha entre sí por la sucesión del mando. Irene Polaris se vio promovida a Almirante Mayor, ocupó la vacante dejada por su madre y todo siguió igual a bordo del autoplaneta.

Dos años después “Valera” llegaba a la vista de Nahum y el Cuerpo Expedicionario se lanzaba al ataque con sus novísimas unidades de combate sideral. El resultado del encuentro con la Imperial Armada nahumita quedaba ahora a la vista.

La flamante Armada Sideral Terrícola, barrida del espacio por el feroz enemigo, se retiraba diezmada hacia su base del autoplaneta “Valera”… y habría de ocurrir un verdadero milagro para que al menos un centenar de miles de buques siderales, del millón redondo que salió a combatir, pudiera alcanzar el seguro refugio de “Valera” escapando así de la destrucción total que parecía inminente.

Todo esto estaba presente en el ánimo de Irene Polaris al dar la penosa orden de retirada y contribuía a hacer más amargo su llanto. La derrota que el almirante Quesada había sufrido cuarenta y siete años atrás podía considerarse una victoria si se le comparaba con este desastre. Quesada, al menos, había podido salvar a la mitad de su medio millón de buques.

Irene Polaris, con unos efectivos siderales doblemente superiores en número y bastante mejorados respecto a los modelos de buque más antiguos, no podría salvar quizá ni uno solo de sus aparatos.

La Armada Imperial de Nahum, después de arrollar a la línea de torpedos terrícolas, hacía llegar sus propios proyectiles hasta los buques siderales cristianos y los estaba destrozando en medio de una apocalíptica hoguera atómica.

Todo el espacio, en cuanto alcanzaba la vista, se veía lleno del medroso chisporrotear de los proyectiles atómicos nahumitas y el fogonazo deslumbrador de los cruceros terrícolas que estallaban en fragmentos.

Si alguna esperanza quedaba de salvar algo del desastre, consistía en huir hacia “Valera” e intentar alcanzar el seguro refugio del interior hueco del planetillo mientras las baterías de superficie

mantenían a raya a los nahumitas.

Pero las probabilidades de conseguir esto eran muy remotas. Irene Polaris comprendía demasiado tarde que se había dejado coger en una trampa de la cual no iba a serle posible salir.

Exasperada por la falta de acometividad de los nahumitas, los cuales rehuían el combate en las proximidades de “Valera”, Irene decidió salir en busca del enemigo para batirle en su propio terreno.

Cuando la Imperial Armada Nahumita se decidió a dar la cara lo hizo con una fuerza aproximadamente igual a la de Irene.

La Almirante Mayor calculó que a fuerzas iguales y a mayor acometividad propia, las probabilidades de aniquilar a los nahumitas eran razonablemente aceptables. Y atacó.

Los nahumitas, inesperadamente, aceleraron y se lanzaron a la carga disparando por delante andanada tras andanada de torpedos “robot”. La Flota Terrícola lanzó también con todos sus tubos. Los torpedos de uno y otro bando se encontraron en mitad del espacio y comenzaron a luchar entre sí, embistiéndose como jabalíes y llenando el cielo con el lívido relampaguear de sus explosiones atómicas.

En este momento quedó al descubierto la neta superioridad técnica de las armas nahumitas. Por alguna razón desconocida, quizá porque en el transcurso de dos milenios los nahumitas habían conseguido hacer más pequeños y eficaces sus torpedos, la proporción de sus proyectiles era siempre superior a todos los torpedos que los cruceros terrícolas podían lanzar de una sola vez.

Aniquilando barrera tras barrera de proyectiles terrícolas, los torpedos autómatas nahumitas fueron aproximándose a las filas de Irene Polaris hasta alcanzar a los buques… y la escena cambió en el espacio de unos breves minutos.

Ahora, a través de la pantalla de televisión, Irene podía ver a sus flamantes cruceros siderales saltando en pedazos bajo el brutal impacto de los torpedos enemigos.

La Armada Expedicionaria Terrícola estaba virando en redondo y con esta maniobra precipitaba su propio y desastroso final.

Irene lo sabía. Sabía que mientras sus fuerzas viraban y vencían la fuerza de inercia acelerando en dirección contraria a la que llevaron hasta entonces, los nahumitas acortarían en muchos miles de kilómetros la distancia que les separaba y alcanzarían a la Flota

Terrícola a medio camino hacia “Valera”.

Pero Irene sólo intentaba salvar el mayor número posible de buques del desastre. Quizá algunos miles de cruceros pudieran escapar mientras los implacables torpedos nahumitas se cebaban en los rezagados.

Esto era sacrificar a varias decenas de miles de vidas por la salvación de unos cientos de tripulantes, pero era lo único que cabía hacer en tan apurada situación. La batalla estaba perdida sin remedio y los acontecimientos escapaban del control de Irene. Toda la Flota viraba y huía en el mayor desorden. Nadie, ni siquiera alguno de aquellos legendarios Aznar que en otros tiempos mandaron el autoplaneta “Valera”, habría sido capaz de evitar el aniquilamiento total de la Armada Expedicionaria Terrícola.

Una nueva oleada de torpedos “robot” alcanzó a la Flota Sideral Expedicionaria. Los torpedos giraban en torno a los buques terrícolas buscando sus puntos más vulnerables para embestir allí y hacer explosión.

Los cruceros terrícolas todavía soltaban “paquetes” de torpedos autómatas que nada más salir de los tubos se desparramaban y chisporroteaban recobrando su tamaño natural antes de salir al encuentro de los proyectiles enemigos.

La voz de la almirante Rojas resonó en el interior de la escafandra de Irene a través de los auriculares:

—Es imposible que ni uno solo de nosotros llegue entero hasta el alcance de las baterías de “Valera”.

—¿A qué distancia se encuentra el enemigo? —preguntó Irene con voz sin expresión.

Hubo una breve pausa mientras una de las ayudantes enfilaba el telémetro periscópico contra las fuerzas del enemigo.

—¡Dios mío! —se oyó exclamar a la mujer que se aferraba a los mandos del periscopio—. Algo está ocurriendo en las filas nahumitas… ¡VEO estallar sus buques a millares!

—¿Qué dice, Comandante? —exclamó la almirante Rojas.

—Es increíble… ¡fantástico! —balbuceó la joven. Y apartándose del periscopio exclamó—: ¡Véanlo ustedes!

La almirante Rojas se abalanzó al periscopio. Pegó el frente de cristal de su escafandra a la mirilla del instrumento óptico, lanzó una exclamación y ordenó:

—¡Conecte el telémetro a la pantalla, comandante!

La luz de la cabina, que era amarilla, se atenuó volviéndose roja. Todo el grupo, Irene Polaris incluida, fue a rodear una mesa bastante grande y baja que ocupaba el centro de la cámara de derrota del crucero almirante. Un cono de luz blanca brotó del techo y se proyectó sobre la superficie de la mesa.

Entonces todos pudieron ver lo que estaba ocurriendo.

El espacio, en todo el sector que abarcaba el potente telémetro electrónico, estaba cruzado de millares de líneas de un color amarillo brillante, rígidas como barras de luz que se movían y cruzaban como espadas flamígeras asaeteando a la vanguardia de la Armada Imperial de Nahum.

Y aunque la presencia de aquellas lanzas luminosas ya era extraña de por sí (el rayo de luz era invisible en el espacio mientras no tropezaba con un cuerpo opaco) no era esto lo más extraordinario. Las lanzas luminosas, al caer sobre los buques de la Armada Nahumita, los hacían estallar en un globo de fuego atómico cual era lo característico cuando las pilas nucleares que accionaban los motores de una nave espacial explotaban por cualquier causa.

El cielo todo se veía cubierto de estos cegadores y chisporroteantes globos atómicos. Veloces como centellas, las barras rígidas y delgadas como hilos saltaban de un buque a otro. Lo destruían y caían en una fracción de segundo sobre el aparato inmediato.

—¡Dios mío! —exclamó una de las Almirantes del Estado Mayor de Irene Polaris—. ¿Qué nueva y terrible arma son esos hilos de luz? ¿De dónde proceden?

Como respuesta a esta inquietante pregunta, la almirante Rojas siguió con el periscopio el camino de las misteriosas barras amarillas que parecían venir de algún punto del espacio situado en el flanco de la Armada Imperial de Nahum.

Tras unos breves segundos de expectación, mientras el objetivo del telémetro giraba unos cuantos grados que representaban muchos miles de kilómetros, los misteriosos aparatos que producían y lanzaban los rayos destructores entraron en el campo visual de los sorprendidos almirantes terrícolas.

Eran unas naves muy pequeñas, demasiado pequeñas para poder distinguir su forma. Serían quizá alrededor de un millar y cruzaban

el espacio a tan tremenda velocidad que la almirante Rojas tuvo que empezar a mover de nuevo el periscopio, ahora en sentido opuesto, para poder seguir el raudo paso de aquella fantástica flotilla a través del campo visual del aparato óptico.

—Rojas —llamó Irene con voz enronquecida por la excitación—. ¿No puede acercar más esas imágenes?

—El telémetro no está ajustado a su máximo potencial —contestó la mujer—. Espere un momento…

La almirante accionó el dispositivo que ajustaba automáticamente un juego de potentes lentes. En la breve espera, un torpedo nahumita alcanzó al crucero almirante en la popa y explotó con fuerza brutal. La aeronave saltó como si hubiera chocado contra un muro. Algunas de las jefes del Alto Estado Mayor rodaron por el piso en tanto las demás se agarraban al borde de la mesa y a las barras de acero hincadas en el piso y el techo de la cabina.

Irene Polaris, que casi se había olvidado por completo de la apurada situación de su Flota Sideral durante unos segundos, volvió a sentir en la garganta una asfixiante sensación de angustia.

—¡Miren… miren eso! —llamó una de las mujeres señalando a la mesa-pantalla.

Irene miró como sus colegas. La imagen de los misteriosos aparatos era ahora mucho más grande, aproximadamente del tamaño de la palma de la mano. Aunque no de una manera muy perfecta, debido a que reflejaban la luz del sol, los terrícolas pudieron ver sus formas distintamente.

—¡Cielos! ¿Qué es ESO? —exclamó una voz.

Un círculo de voluminosas escafandras se inclinaron sobre la mesa. Lo que las terrícolas veían era a modo de unas herraduras casi circulares que llevaban una cabina en forma de huevo encajado en el hueco central.

Y eso era todo. Los aparatos, aparte su forma original y absurda no ofrecían otro particular que el ir impulsados por unas barras de luz que parecían salir de los extremos de cada herradura y prolongarse hacia atrás algunos miles de kilómetros en el espacio.

Al parecer los extraños bólidos llevaban en la proa un juego de pequeños reflectores movibles que eran los productores de los misteriosos rayos aniquiladores.

Ni Irene Polaris ni sus ayudantes habían visto jamás esta extraña forma de aeronave, ni cosa alguna que se pareciera a estos rayos de tan destructores efectos. La Almirante Mayor calculó que si los desconocidos aparatos-herradura hubieran sido cien veces más numerosos, la formidable Armada Imperial de Nahum no hubiera durado más que cuestión de minutos frente a este nuevo y agresivo contrincante.

Con todo y no pasar de un millar escaso, los aparatos-herradura atraían en este momento la atención de una parte considerable de las fuerzas siderales nahumitas. Éstas seguían lanzando aterradoras cantidades de torpedos, Pero todos los torpedos no iban dirigidos contra la Flota Expedicionarias Terrícola.

—Los nahumitas están distrayendo parte de sus fuerzas en hacer frente a los desconocidos —dijo una almirante señalando a la gran pantalla de televisión.

Irene Polaris sintió que se reavivaba en su pecho la llama de una débil esperanza. La Flota Terrícola estaba acelerando ya en dirección a “Valera”. Si los nahumitas se resolvieran por hacer frente al nuevo agresor con la mayoría de sus fuerzas, tal vez…

Pero los nahumitas, aunque visiblemente afectados por la inoportuna intervención de la misteriosa flotilla de herraduras-volantes, no cayeron en la torpeza de dedicar a ésta toda su atención. Lo que hicieron fue seguir en persecución de los terrícolas, si bien que lanzando numerosas andanadas de torpedos contra el enemigo más pequeño.

—¡Miren… miren qué cosa más maravillosa! —gritó la almirante Rojas.

Lo maravilloso a los ojos de los astronautas terrícolas, era la forma de que las “herraduras-volantes” escapaban a la trayectoria de la nube de torpedos que les salía al encuentro.

Sin contener la marcha, a una velocidad endiablada, las extrañas máquinas iban describiendo espirales que formaban a modo de un tirabuzón prolongado en dirección a la flota nahumita. Su agilidad era sorprendente. Increíble la rapidez de sus maniobras.

—Esos aparatos no van tripulados por seres humanos —aseguró una de las ayudantes de la Almirante Mayor—. Ninguna persona de carne y hueso podría aguantar esos bruscos virajes sin quedar hecha pedazos.

El comentario no obtuvo contestación. En este momento, otro torpedo pegaba contra el costado del buque almirante con fuerza brutal.

Asida a una de las barras de acero, Irene Polaris miró angustiada hacia la pantalla de televisión. Una nueva oleada de varias decenas de millones de torpedos acababa de alcanzar a la Flota Terrícola. La mirada de los astronautas no distinguía alrededor sus buques sino el enceguecedor parpadear de las continuas explosiones nucleares.

Envuelta en este chisporroteo amedrentador, la Armada Sideral Terrícola se batía en retirada acosada sin tregua por los enjambres de proyectiles enemigos, dejando atrás millares y millares de buques destrozados o lanzados a la deriva, con averías en los motores o el sistema de dirección.

El número de aparatos decrecía con rapidez aterradora y cuantos más buques quedaban fuera de combate mayor era la proporción de torpedos "robot" con la que los supervivientes tenían que enfrentarse…

Mientras tanto, a espaldas de la formación nahumita, las diminutas "herraduras-volantes" pasaban y repasaban haciendo jugar sus mortíferos dardos luminosos, incansables, agresivos y belicosos. No eran más que un puñado de moscas acosando a un rebaño de más de un millón de grandes y recios cruceros siderales, pero sus aguijones poseían una fuerza penetrativa jamás igualada hasta entonces por arma ofensiva conocida.

Con todo, tampoco las "herraduras-volantes" estaban saliendo muy bien libradas. Los nahumitas, alarmados sin duda por la terrible escabechina que los dardos luminosos estaban haciendo en su retaguardia, distrajeron una parte de sus fuerzas para lanzar una aterradora nube de torpedos "robot" contra la escuadrilla de "herraduras-volantes".

Los pequeños aparatos, aunque muy ágiles y veloces, no podían esquivar a todos los proyectiles que les perseguían o les salían al encuentro controlados por sus propios "cerebros" electrónicos, porque huyendo de unos iban a meterse de lleno en mitad de otro enjambre que les andaba buscando con igual saña.

Sin embargo, las "herraduras-volantes" no trataron en ningún momento de ponerse a salvo, cosa esta que hubieran logrado fácilmente gracias a sus prodigiosas facultades de aceleración. Las

“herraduras-volantes”, sucumbieron una tras otra a lo largo de veinte minutos de combate, se sacrificaron por la Flota Expedicionaria Terrícola atrayendo sobre sí millones de torpedos que de otra forma habrían ido dirigidos contra los maltrechos buques cristianos.

En este tiempo vital, lo que quedaba de la Flota Terrícola alcanzó el seguro resguardo de las baterías de “Valera”. Una densa nube de torpedos, disparados desde el planetillo, llegó en auxilio de la Flota parando el enjambre de proyectiles nahumitas que venía persiguiéndola.

Aturdida, con los nervios destrozados, Irene Polaris se vio de pronto volando en una extraña quietud hacia el autoplaneta “Valera” que se mostraba a sus ojos en forma de una brillante hoz. Detrás quedaban los torpedos de “Valera” riñendo una furiosa batalla cuerpo a cuerpo contra los torpedos de la Armada Nahumita. A derecha, a izquierda, arriba y por debajo del buque almirante los restos de la flamante Armada Expedicionaria que unas horas atrás se hizo al éter animada de una fervorosa fe en la victoria.

—Bueno —suspiró la almirante Rojas—. Nos hemos salvado. La escuadra nahumita no será tan tonta que nos siga hasta el alcance de los torpedos de “Valera”.

—Nos hemos salvado —replicó Irene—. ¿Cuántos?

—¿Cuántos, comandante Starck? —preguntó la almirante Rojas a una de las oficiales.

—Aproximadamente, unos ciento cincuenta mil buques —contestó la mujer después de consultar un contador electrónico.

—¡Ciento cincuenta mil de un millón! —exclamó Irene. Y cruzando la cabina se dejó caer desalentada en una de las butacas fijas al piso.

—Piense que habría podido ser mucho peor si esas “herraduras-volantes” no llegan a intervenir —apuntó Rojas.

—Las “herraduras-volantes” —murmuró Irene—. ¿Qué fue de ellas?

—Los torpedos nahumitas dieron cuenta de todas —contestó Rojas, que no se había separado ni un momento del periscopio electrónico.

Irene asintió moviendo su escafandra y al momento volvió a

olvidarse de los extraños aparatos que le habían permitido llegar con vida hasta el seguro refugio de “Valera”. Lo que ahora atormentaba a la joven Almirante Mayor era el dolor de su derrota. Se preguntó cómo podría sobrevivir a la vergüenza de este desastre, y deseó que su buque hubiera sido una de las ochocientas cincuenta mil víctimas… y ella una cualquiera de los cinco millones de astronautas que muertos, moribundos o reducidos a fragmentos, erraban a estas horas por las frías y aterradoras soledades del vacío espacial entre los restos de sus destrozados aparatos.

—¡Hola, Almirante! ¡Hola, Almirante! —sonó una voz metálica a través de un altoparlante—. Aquí Cámara de Control… Cámara de Control comunica con nave almirante.

Como a través de un colchón de plumas Irene Polaris oyó distraída la voz del almirante Rojas, que contestaba a la llamada de “Valera”:

—Hola, “Valera”. Aquí, Rojas, a bordo de la nave Almirante.

—Atención, Almirante. Un autoplaneta del tipo “D” se acerca por el lado del Sol —comunicó el locutor de “Valera”—. El almirante mayor honorario de la Armada Sideral Confederada, don Miguel Ángel Aznar, pide permiso para desembarcar en “Valera”.

—¿CÓMO HA DICHO? —chilló la almirante Rojas pegando un brinco de sorpresa.

Y el comunicante de la Cámara de Control del autoplaneta repitió:

—Don Miguel Ángel Aznar, ex comandante en Jefe del autoplaneta “Valera”, se encuentra aquí y pide permiso para desembarcar.

CAPÍTULO II

VALERA, el legendario campeón de las Fuerzas Armadas Terrícolas estaba a sus pies. Miguel Ángel Aznar lo estaba viendo a través de la pantalla de televisión del crucero, y no sabía en aquel momento qué era más grande; si su emoción, su alegría o su impaciencia por pisar la tierra amiga de aquel viejo planetillo.

Un silencio profundo y expectante reinaba en la cámara de derrota, a pesar de encontrarse llena de gente.

Junto a Miguel Ángel, el viejo “superalmirante”, su padre, se enjugaba una lágrima con el dorso de la mano. También vertía lágrimas incontenibles el general don José Luis Balmer. Y la emoción de este encuentro, en fin, se veía reflejada igualmente en los semblantes de doña Mercedes Aznar, la señora Estrella Balmer y la generala Mercedes Balmer.

Para estos personajes, la vista del autoplaneta hacía vibrar la fibra de sus recuerdos, porque todos ellos habían nacido y vivido en este pequeño mundo.

En el resto del grupo la emoción era también muy grande, aunque distinta.

Miguel Ángel Aznar, por ejemplo, era la primera vez que veía con sus propios ojos al infatigable andarín de los espacios interestelares. Él todavía no había nacido cuando “Valera” zarpó del Reino del Sol con destino a los lejanos planetas de Nahum. Y en el mismo caso de Miguel Ángel se encontraba su hermana Otis, su cuñado Gerardo y su sobrino Miguel Otero, por no mencionar a la mayoría de la tripulación y los oficiales del crucero.

Sin embargo, todos conocían a “Valera”.

¿Quién en el Orbe no habría oído hablar de este fantástico autoplaneta? Su nombre con sus gestas, llenaba muchas páginas de la Historia Universal. Sin la participación de “Valera”, muchos capítulos de esta Historia no se habrían llegado a escribir, o se

hubieran escrito de forma bien distinta.

Los viajes interplanetarios de “Valera”, sus hazañas, sus conquistas, sus luchas y sus grandes tragedias, habían servido para llenar durante siglos millones de libros, a la vez que para argumentar una cantidad fabulosa de “films” que hicieron y seguían haciendo las delicias de innumerables generaciones.

“Valera” era único. Como siempre estaba ocupado en empresas guerreras y andando de un lado a otro del Universo, sus viajes comprendían eternidades terrestres y sus ausencias duraban miles de años.

Así, mientras el planetillo estaba ausente, varias generaciones se sucedían en la Tierra, nacían, vivían y morían sin haber visto jamás a “Valera” ni haberlo conocido más que de oídas, a través de los relatos escritos o de las numerosas películas que de él se conservaban.

Para estas generaciones, “Valera” era a modo de un ente mitológico, tanto más fabuloso cuanto mayor era el tiempo transcurrido desde su marcha. Y para Miguel Ángel Aznar, “Valera” era algo más que todo esto.

Porque desde su habilitación como “orbimotor”, “Valera” había sido mandado siempre por un miembro de su familia, y si en la Historia de los mundos el apellido Aznar se vio eclipsado algunas veces por otros nombres que también dieron lustre y gloria a la civilización cristiana, la historia de “Valera”, que también era un mundo al fin y al cabo, estaba fuertemente vinculado al apellido Aznar por los lazos de la tradición y de la Historia.

Miguel Ángel Aznar, nacido en la Tierra años después de la marcha de “Valera”, había sido uno de los millones de muchachos que desesperaba de poder asistir al regreso del autoplaneta, el cual podía tardar de dos mil a tres mil años en volver. Pero la Providencia había dispuesto que Miguel Ángel no moriría sin gozar la dicha de ver a “Valera” con sus propios ojos…

—¡Hola, “San Lorenzo”! ¡Hola, “San Lorenzo”! Aquí orbimotor “VALERA”. ¿Me escuchan?

La voz del operador de radio de “Valera” arrancó bruscamente a Miguel Ángel de su estática contemplación. Desde la Cámara de Control del planetillo, les daban las últimas instrucciones para entrar en el interior de “Valera” por uno de los largos tubos de

vacío. El esbelto crucero sideral bajó la proa para enfilar el gigantesco orificio que acababa de aparecer en la polvorienta superficie del planetillo.

En el negro espacio, alrededor de “Valera”, se veían varios millares de buques que esperaban su turno para entrar en la Base. La victoriosa Armada Imperial de Nahum se había retirado. Detrás del crucero “San Lorenzo”, bastante rezagado, volaba el autoplaneta “Ascrea” del que acababan de despegarse los Aznar y sus amigos para desembarcar en “Valera”.

El “Ascrea” era un “disco-volante” de unos quince kilómetros de diámetro, uno de los mayores de su género.

El crucero “San Lorenzo” se introdujo en la esclusa tubular. Una sólida compuerta se cerró tras el aparato y en la pantalla de televisión, que seguía encendida, brilló un resplandor rojo.

—Prepárense, muchachos —dijo la generala Mercedes Balmer con voz donde retozaba la alegría y la emoción de su regreso al mundo donde había nacido—. Cuando esa luz cambie a verde se abrirá la compuerta del otro extremo del tubo y entraremos en el paraíso valerano.

Siguieron unos largos minutos de silencio. El crucero se deslizaba con rapidez por el interior del tubo, a través de la corteza del planetillo.

La luz roja cambió a verde y aunque todos podían imaginar perfectamente el espectáculo que iba a ofrecerse a sus ojos, quedaron con el aliento en suspenso mirando sin parpadear a la gran pantalla de televisión.

La luz verde fue borrada bruscamente por la claridad diurna. Un paisaje de montañas cubiertas de exuberante bosque se mostró a los viajeros. Acababan de entrar en el mundo interior del planetillo; un mundo riente y lleno de encantos en el que no faltaba ninguno de los preciosos dones de la Naturaleza; mares, tierras, montañas, lagos, ríos, bosques, ciudades, sol, luz, vida…

Mudo, ahogado por la emoción, Miguel Ángel Aznar bebía las imágenes llenas de colorido que se deslizaban por la pantalla. A su lado, el viejo “superalmirante” y el general Balmer lloraban en silencio. También lloraban las mujeres, incluso la madre de Miguel Ángel, que era terrícola, y su hermana Otis, que jamás había pisado el suelo de este sorprendente mundo artificial.

Sobrevolaban un hermoso lago de verdes aguas. Lejos, semivelada por la tenue bruma producida por una evaporación intensa, centelleaba como un ascua una populosa urbe hecha enteramente de rascacielos de cristal.

Una autopista, ancha y recta como un huso, cruzaba el bosque en dirección a la ciudad. Por la carretera, como en cualquier otro camino del planeta Tierra, se deslizaban raudas filas de automóviles.

Un fantástico puente de cristal saltaba audazmente sobre un profundo "cañón" en donde espumajeaba un riachuelo. Más allá se veía una playa de rubias arenas donde los bañistas tomaban el sol y practicaban los deportes acuáticos.

Aunque todavía respiraba el aire acondicionado de la cabina del crucero sideral, Miguel Ángel hinchó sus pulmones creyendo percibir el aroma de los bosques de pinos o la brisa saturada de sal, de yodo y de algas de aquellos mares llevados a las entrañas de "Valera" por la mano del hombre.

La voz del operador de radio de la Cámara de Control del autoplaneta volvió a interrumpir las reflexiones de Miguel Ángel Aznar.

—¡Hola, "San Lorenzo"! Están volando ustedes sobre el Mar Menor. La ciudad que tienen a estribor es San Marcos. A proa tienen la capital, pero está prohibido a las aeronaves volar sobre ella. Aterricen en la Base Aérea. Un automóvil les estará esperando para conducirles hasta Nuevo Madrid.

A Miguel Ángel, esta orden le pareció una grosera falta de atención para con su padre. Por una vez al menos, y tratándose de la persona del viejo "superalmirante", las autoridades de "Valera" podrían haber permitido que el crucero, o alguna de sus chalupas, tomara tierra en la misma ciudad evitando así al viejo caudillo las molestias de un viaje de más de cien kilómetros en automóvil desde la Base Aérea a la capital.

Esto fue lo que pensó el joven Almirante, si bien se abstuvo de hacer comentarios por no mortificar a su padre, el cual esperaba ser recibido en el antiguo autoplaneta de su mando con algunas muestras de afecto, ya que no con clamores de apoteosis.

El crucero "San Lorenzo" voló otros trescientos kilómetros y alcanzó la Base Aérea. Ésta aparecía casi completamente vacía.

Construida para acomodar hasta doscientos cincuenta mil buques de combate, los dos o tres mil cruceros que estaban posados en ella eran como un puñado de chinches en la inmensidad de un desierto de arena.

Siguiendo las instrucciones de la torre, el crucero sobrevoló la dilatada llanura para aterrizar muy cerca de los pabellones de la administración del campo. Miguel Ángel se tranquilizó un tanto al ver desde el aire un batallón de la Legión con bandera y banda de música que esperaba formado.

Casi había estado temiendo que no saliera nadie a recibirles.

Al pie de la escalerilla del buque esperaba al Almirante Mayor Honorario una dama vestida con la casaca roja y el ceñido calzón azul de las Fuerzas Siderales, la cual ostentaba las insignias de Almirante.

Esta mujer y otra media docena de señoras uniformadas que estaban esperando saludaron marcialmente en tanto la banda atacaba una marcha y las fuerzas legionarias presentaban armas.

—Bienvenidos al autoplaneta “Valera”, Almirante —dijo la mujer.

El viejo Almirante Mayor, muy emocionado, estrechó la mano de la Almirante que se presentaba a sí misma con el nombre de Isabel Montana. Luego saludó igualmente a la comisión que había salido a recibirle, y presentó a su hijo y al resto de la familia.

La almirante Montana invitó al Almirante Mayor Honorario a revisar las tropas que le rendían honores. Miguel Ángel observó que se trataba de un batallón femenino; esto es, integrado enteramente por jóvenes y robustas muchachas.

El hecho no era para sorprenderse. Siempre habían existido batallones de mujeres tanto en el Ejército como en la Armada. Lo chocante era la casualidad que había excluido a los hombres de entre los jefes, oficiales y soldados que acudieron a recibir a los viajeros. Hasta los conductores de los automóviles eran femeninos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Miguel Ángel en son de broma—. ¿Es que han desterrado hasta el último hombre de “Valera”?

—No, claro que no —contestó la almirante Montana.

Los viajeros ocuparon sus asientos en los coches, los cuales se pusieron inmediatamente en marcha abandonando la Base Aérea y tomando la magnífica autopista de Nuevo Madrid.

A Miguel Ángel le tocó ocupar un coche con su cuñado Gerardo Otero y su sobrino, el cual era oficial de la Armada Sideral siguiendo la tradición de la familia de su madre. Una joven damita rubia que ostentaba el grado de Contraalmirante acompañaba a los tres hombres y lanzaba frecuentes miradas sobre Miguel Ángel, como si la personalidad de éste llamara poderosamente su atención.

Miguel Ángel, en efecto, resultaba un tipo curioso para todos aquellos que le veían por primera vez. De regular estatura, esbelto, rubio, de ojos azules e ingenuos, parecía un muchacho de no más de veinte años, cuando en realidad contaba ochenta y tres y era en lo físico tan opuesto a los varones de la familia Aznar que siempre tenía que repetir dos veces su apellido para que le creyeran hijo del "superalmirante".

—Naturalmente —dijo la rubia que había sido presentada con el nombre de Marina Smuts—, estarían ustedes ansiosos de pisar tierra firme después de un viaje tan largo encerrados en un autoplaneta metálico.

—¡Oh, no tanto! —exclamó Miguel Ángel riendo. Y como la Contraalmirante diera señales de sorpresa aclaró—: No venimos ahora directamente de la Tierra, sino de los planetas Thorbod… Casi a la vuelta de la esquina, como quien dice. Pero hábleme de las cosas de aquí, que tiempo tendrán ustedes de saber las nuestras. ¿Quién manda ahora en el autoplaneta?

Marina Smuts se apresuró a poner a su atractivo superior al corriente de los acontecimientos de "Valera" de los últimos cincuenta años; cómo los nahumitas derrotaron a la Armada Sideral Expedicionaria mandada por el almirante Quesada, cómo se destituyó al Alto Estado Mayor y emprendieron los valeranos la ardua tarea de reconstruir su Flota Sideral y fabricar y hacer acopio de las fabulosas cantidades de torpedos y autómatas que se necesitaban para emprender una guerra moderna.

Sólo una cosa pasó por alto la discreta contraalmirante Smuts; el triunfo del movimiento feminista que había puesto en manos de mujeres la Administración, la Armada Sideral y el Ejército del autoplaneta.

Cuando la contraalmirante Smuts epilogaba la historia contemporánea de "Valera" con la noticia del revés sufrido por la Armada, la caravana de automóviles entraba en Nuevo Madrid.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Miguel Ángel.

—Al Palacio Residencial. Serán ustedes huéspedes de nuestra Almirante Mayor —contestó la mujer.

Los coches se deslizaban por una grandiosa avenida que tenía en el centro una amplia faja de jardines y a ambos lados espaciosas aceras llenas de gente.

Lo curioso de los peatones, así como de los millares de automóviles que rodaban por la calzada, era que todos llevaban el mismo camino hacia el casco de la ciudad.

La caravana siguió avanzando y a medida que se internaba en la avenida tuvo que disminuir su velocidad. La calzada era un río de vehículos que se apretujaban y detenían continuamente, tocándose las delanteras de unos con las traseras de los otros. En las aceras hervía una muchedumbre inquieta y chillona que formaba corrillos y agitaba pancartas donde con pintura todavía fresca se leían cosas como: "QUEREMOS SABER LA VERDAD", "¡ABAJO LAS MUJERES!", "¡AFUERA CON LA ALMIRANTE MAYOR!", "¡MUERA EL ALTO ESTADO MAYOR!", "¡ARRIBA LOS HOMBRES!"

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó Miguel Ángel volviéndose hacia la contraalmirante Smuts, la cual parecía bastante preocupada.

—Ya ve. Los valeranos no parecen muy conformes con el resultado de la batalla sideral.

La caravana de coches oficiales dobló por una calle lateral, en busca al parecer de otra avenida menos atestada de público y de carruajes. Pero todos los accesos al casco de la ciudad estaban igualmente bloqueados por la muchedumbre.

El automóvil que encabezaba la caravana se detuvo, un oficial saltó a la calzada y recorrió la fila de coches diciendo a los ocupantes de éstos:

—Por favor, apéense. No podemos seguir adelante con los coches. Vamos a subir a la terraza de un rascacielos y telefonearemos para que venga a recogernos alguna lancha de la Policía.

Los terrícolas y la delegación femenina que había salido a recibirles al aeropuerto abandonaron los coches y cruzaron la calzada hacia la acera más próxima. Pero en la acera había un nutrido grupo de hombres que al verles llegar exclamaron en gritos

de:

—¡Abajo las mujeres! ¡Mueran las opresoras militaristas!

El contenido masculino de la acera se volcó sobre el grupo de hombres y mujeres que acababa de salir de los automóviles. En un abrir y cerrar de ojos Miguel Ángel y sus compañeros se vieron luchando a brazo partido con aquellos energúmenos.

La pequeña escolta de mujeres soldados que iba en los coches de atrás y delante de la caravana oficial y las jefes y oficiales que habían formado la comisión de recepción, empuñaron pistolas y enarbolaron fusiles ametralladores abriéndose paso a golpes hacia el portal del más próximo rascacielos.

También los terrícolas lucharon con denuedo contra los manifestantes sólo por defender a las asustadas mujeres de su grupo que no comprendían la razón de este brutal e inesperado ataque.

—¡Atrás… atrás o disparamos! —gritaron las oficiales.

Y se escuchó el seco restallar de las pistolas.

Una docena de manifestantes cayeron sobre el asfalto, en tanto los demás retrocedían blandiendo los puños y bramando injurias y amenazas.

Miguel Ángel, irritado, asió del brazo a la almirante Montana cuando alcanzaban el zaguán y la sacudió violentamente.

—¿Por qué han disparado? —gritó—. ¿Se han vuelto todos locos en este maldito autoplaneta?

—Señor Aznar —contestó la mujer desasiéndose con un movimiento brusco—. Tenemos que elegir entre nuestras vidas o las de esta chusma. Ellos están furiosos porque han empezado a correr rumores de que se ha perdido la batalla sideral y nos hacen responsables a los militares del desastre. Si esos brutos nos cogen ahora no harán distinción entre nosotras y su abuela y su madre de usted, ¿comprende?

Esta amenaza bastó para que Miguel Ángel accediera a entrar refunfuñando en uno de los ascensores con su padre y el resto de la familia. La contraalmirante Smuts entró con ellos y oprimió el último botón del cuadro del ascensor. La máquina se puso en movimiento llevándoles hasta la azotea en breves instantes.

La almirante Montana llegó poco después con el resto de la escolta y distribuyó a las soldados de manera que dominaran todos los accesos a la azotea mientras ella iba a llamar por teléfono.

Abajo, en la calle, una marejada humana se estrellaba contra la puerta del edificio. Los gritos furiosos de la multitud llegaban hasta la azotea.

Sobre la ciudad volaban describiendo pausados círculos algunos aerobotes de la Policía con luces intermitentes rojas en el techo y en los costados del aerodinámico casco. Apenas acababa de telefonear la almirante Montana cuando media docena de estas pequeñas aeronaves pusieron proa hacia el rascacielos y descendieron verticalmente sobre la azotea donde estaban refugiados los terrícolas y sus acompañantes.

Los aerobotes, que no ofrecían otra particularidad que ir tripulados por mujeres-policías, tomaron a bordo a la totalidad del grupo y se elevaron en el aire.

Mientras volaban hacia el grandioso rascacielos que se conocía con el pomposo nombre de Palacio Residencial, sede del Almirante Mayor del autoplaneta y de los miembros del Alto Estado Mayor, los terrícolas podían ver a sus pies las profundas hendiduras que formaban las avenidas flanqueadas de altos rascacielos, todas ellas cuajadas de una multitud colorinesca en marcha hacia la monumental Plaza de España, centro geométrico de la capital donde concluían todas las avenidas.

La misma plaza de España hormigueaba de manifestantes que tremolaban pancartas dando gritos cuyo clamor llegaba hasta las alturas y ante las verjas del Palacio Residencial se veía un cinturón metálico formado por "tarántulas" robot y tropas de la escolta de la Residencia que hacían denodados esfuerzos para contener a los grupos de asaltantes.

Los aerobotes volaron sobre la plaza y aterrizaron en la azotea del Palacio Residencial. Allí, una mujer alta y robusta que vestía la guerrera azul celeste de coronel de Estado Mayor, esperaba a los viajeros al frente de un grupo de ordenanzas femeninos.

—En nombre de nuestra Almirante Mayor, les deseo una feliz estancia entre nosotros —dijo la coronela saludando al señor Aznar. Y agregó señalando a la cabina de un espacioso ascensor—: Tendré mucho gusto en acompañarles hasta sus habitaciones si son tan amables de seguirme.

—Si fuera posible, antes que nada, desearíamos ver a su Excelencia —dijo el señor Aznar.

—Su Excelencia acaba de llegar del espacio, donde estuvo dirigiendo la batalla. Se siente fatigada y les suplica la disculpen…

—Sé perfectamente lo que siente un jefe luego que sus fuerzas acaban de sufrir una dura derrota, y por ello insisto en ver a la señora Polaris cuanto antes. Creo poseer la medicina que la reanimará. Bastará que le diga usted que los aparatos “Omega” que atacaron a la retaguardia nahumita con rayos de luz perforantes eran nuestros. Eso, posiblemente, bastará para infundirle nuevos ánimos.

La coronela del Estado Mayor miró al viejo “superalmirante” como dudando.

—Vaya usted, Haxby —aconsejó la almirante Montana—. El señor Aznar es portador de importantes nuevas que nuestra Almirante debe conocer en seguida.

La mujer asintió y se alejó en dirección a un ascensor de los más pequeños. Los terrícolas entraron en la cabina del mayor con la almirante Montana y la contraalmirante Smuts. De las breves palabras que se cruzaron entre terrícolas y valeranos mientras descendían en el ascensor, Miguel Ángel dedujo que su padre ya había puesto al corriente a Montana de algunos de los acontecimientos ocurridos en la Tierra luego que el autoplaneta “Valera” zarpó del Reino del Sol.

El ascensor se detuvo en el piso reservado a habitaciones particulares del Comandante en Jefe del autoplaneta. Un largo pasillo adornado con tapices que representaban las hazañas de “Valera” les llevó hasta un salón enlosado con grandes placas de mármol negro. A lo largo de las paredes, uno en cada hornacina, se veían los bustos de todos los hombres que habían mandado el autoplaneta, empezando por el legendario Fidel Aznar hasta el último Miguel Ángel, o sea el propio don Miguel Ángel Aznar que ahora se detuvo un instante a contemplar su efigie.

—El busto es bueno, pero van a tener que quitarlo de ahí —dijo el señor Aznar. Y aludía con ello a la costumbre de no poner las efigies de los comandantes de “Valera” hasta que éstos habían fallecido.

La almirante Montana guió al grupo por una de las puertas que daban al salón hasta una espaciosa y bien surtida biblioteca.

Miguel Ángel Aznar, hijo, pasó una mirada por las largas filas de

lustrosos tomos que sus antepasados habían ido reuniendo en aquella biblioteca en el transcurso de muchas generaciones. La biblioteca de “Valera” era única en el mundo-universo por contener ejemplares antiquísimos, libros que los siglos, las guerras y las devastaciones habían hecho desaparecer de las bibliotecas y museos de la Tierra y el resto de los planetas habitados.

Mientras esperaban allí a la Almirante Mayor, Miguel Ángel paseó a lo largo de las estanterías, tomando un libro aquí y allá, hojeándolo y volviéndolo a depositar en el lugar que ocupara durante siglos. La Historia Universal, y con ella la historia de su propia familia, brotaba de las páginas de aquellos libros con un tufillo a rancio y apolillado, a cosas muertas y pasadas…

Miguel Ángel Aznar se daba cuenta que estaba en el mausoleo de su familia, y aquello le hacía sentirse más orgulloso de su apellido, a la vez que más pequeño y humilde frente a la grandeza de los antepasados que le habían precedido.

Un rumor de pasos y de voces le arrancó bruscamente de su abstracción. La coronela de Estado Mayor entraba en la biblioteca seguida de una mujer que no representaba más allá de 27 ó 29 años, de mediana estatura, cabellos muy negros, tez blanca y ojos castaños con expresión abatida.

—Su Excelencia doña Irene Polaris, Comandante en Jefe del Orbimotor “Valera” y de las Fuerzas Armadas Expedicionarias de los Planetas Confederados Terrícolas —anunció pomposamente la coronela Haxby.

Don Miguel Ángel Aznar, que se había puesto en pie, se adelantó a estrechar la mano de la joven “superalmirante”.

—Bienvenidos sean ustedes al autoplaneta de mi mando, almirante Aznar —dijo la “superalmirante”—. Crean que lamento muy de veras no haber podido salir a recibirles con todos los honores que merecen. Han llegado ustedes en muy mal momento. Nuestra Flota Sideral acaba de sufrir un grave revés en el espacio y con ello hemos perdido la última esperanza de destruir el odioso Imperio Milenario de Nahum. Ya sólo nos queda rescatar a los náufragos que podamos y zarpar de nuevo rumbo a la Tierra. Eso, a menos que ocurra un milagro y…

—El milagro ha ocurrido, Excelencia —dijo el joven Miguel Ángel sin aguardar a que la mujer terminara—. Nosotros acabamos

de llegar.

Irene Polaris se volvió a mirar a este joven de facciones aniñadas cuyas pupilas azules la contemplaban a su vez entre risueñas e irónicas…

—¿Quién es este hombre? —preguntó Irene desabridamente molesta por aquel tono de jactancia.

—Es mi hijo, Miguel Ángel Aznar —dijo el viejo “superalmirante”.

—¿Otro Miguel Ángel, eh? —murmuró Irene Polaris—. Muy bien, jovencito. Parece usted muy seguro de sí mismo, pero le diré una cosa. Y es que si todo lo que han traído ustedes es su sola presencia… seguimos igual o peor que hasta ahora. No puede aniquilarse al Imperio de Nahum sin más armas que una tradición de gloriosas hazañas.

En el noble rostro del viejo “superalmirante”, como en el de sus familiares y amigos, se traslució el desagrado que les producía la respuesta de la bella Almirante Mayor.

Únicamente Miguel Ángel sonrió al tiempo que decía:

—Espero que esta gloriosa tradición nuestra no le desagrade demasiado.

—Me deja indiferente —contestó Irene, sintiéndose agresiva.

—Entonces métase su estúpido orgullo en el bolsillo y déjenos hablar. Hemos traído a “Valera” algo más que nuestras preciosas personas. Usted debiera saber que si un puñado de cruceros de su Flota se ha salvado fue gracias a la intervención de nuestra escuadrilla de aparatos “Omega”.

—¿Se refiere a aquellos extraños aparatos que tenían la forma de una herradura? —preguntó Irene, resentida por la manera brusca y llana con que la trataba aquel muchacho rubio.

—¡Claro! ¿A qué si no? —gruñó Miguel Ángel—. Los “Omega” habían salido de nuestro “disco volante” y yo mismo les dirigí contra la retaguardia nahumita por control remoto. No eran más que un millar, todos los que teníamos. Pero los “Omega” zurraron bien a los nahumitas antes de ser destruidos y les demostraron que toda la técnica guerrera que se empleó en esa batalla ha quedado anticuada con respecto a la revolucionaria técnica de nuestra pequeña escuadrilla.

Irene Polaris miró al joven Aznar parpadeando.

—Aquellos rayos que lanzaban sus aparatos… ¿de qué eran? —preguntó. Y aguardó con el aliento en suspenso la respuesta de Miguel Ángel.

—Eran rayos de “luz sólida”.

—¿Cómo ha dicho?

—Rayos de “luz sólida”. Atraviesan todo lo que se les ponga por delante… incluida la “dedona” de que están hechos nuestros cruceros siderales y los buques de la Armada nahumita. Ésa es nuestra nueva y revolucionaria arma secreta.

—¡Rayos de “luz sólida”! —exclamó Irene sintiendo pasar a través de su cuerpo alternativas olas de calor y de frío—. Hace siglos que nuestros mejores sabios desistieron de conseguir producirlos alguna vez. ¿Quién pudo hacer realidad ese sueño? ¿Desde cuándo se conocen en la Tierra esos rayos?

—Eso es un poco largo de contar —manifestó Miguel Ángel. Y la inflexión de voz iba impresa de profunda amargura—. No fueron los científicos terrestres quienes descubrieron esos rayos, sino los sadritas.

—¿Los sadritas? ¿Quiénes son los sadritas?

—Los que ahora dominan en el Reino del Sol —contestó Miguel Ángel sombríamente. Y agregó con un suspiro—: Los que nos expulsaron de nuestros mundos. Venus, la Tierra y Marte dejaron de ser sede de nuestra humanidad. Hemos perdidos aquellos planetas.

Irene Polaris, anonadada, se sujetó a la esquina de la larga mesa de caoba.

CAPÍTULO III

LA Almirante Mayor habíase dejado caer en un sillón, dispuesta a escuchar el relato de los sucesos de la Tierra, cuando una mujer que vestía el uniforme de las Fuerzas de Policía irrumpió en la biblioteca.

—Excelencia, si me permite unas palabras… —murmuró la mujer que ostentaba el grado de coronela, haciendo una seña imperceptible.

Pero Irene, que estaba impaciente por conocer mejor la tragedia de los planetas confederados, no reparó en la seña.

—Diga pronto lo que tenga que decir, Suárez —apremió.

La coronela vaciló todavía mirando a los terrícolas y dijo:

—Excelencia, lo que comenzó en manifestación de disgusto está convirtiéndose rápidamente en motín. Grupos armados de hombres han disparado contra las fuerzas de Policía. Temo… temo que no nos bastemos para contener a los amotinados. Le aconsejo que lance las fuerzas del Ejército a las calles… antes que sea demasiado tarde.

Irene Polaris empalideció de rabia y de temor.

—¿Cómo se atreven esos… esos? —y frunció los labios con fuerza. Sus oscuras pupilas relampaguearon siniestramente al gritar —: ¡Llamen inmediatamente a la Generala MacCone! ¡Ahogaré ese motín en sangre si lo que pretenden es echarnos de aquí a la fuerza!

—Excelencia, ¿me permite unas palabras? —intervino el señor Aznar. Y como la señorita Polaris le mirara ceñuda prosiguió—: Recién acabamos de llegar a “Valera” e ignoro las causas que puedan originar ese motín, pero cualesquiera que sean me permitiré darle un consejo. No trate jamás de atajar un motín por la fuerza bruta. La violencia engendra la violencia. Asegúrese bien que no existe otro modo de apaciguar a los revoltosos antes de tomar medidas de las que más tarde pueda arrepentirse.

Irene Polaris miró a la coronela, que aguardaba a medio camino

de la puerta.

—En realidad —dijo Miguel Ángel—. ¿Cuál es la causa de esta agitación?

La Almirante Mayor decidió afrontar con valor la pregunta.

—Se lo diré en dos palabras, señor Aznar. El sexo femenino ocupa en “Valera” un lugar preeminente en todas las actividades de la vida. Los hombres se dejaron arrebatar una tras otra todas las privilegiadas posiciones que ocupaban. Nos las cedieron sin violencias, cuando una tremenda responsabilidad hacía poco atractivos los cargos más penosos en la Administración, la Armada y el Ejército… y ahora intentan recobrar su absurda preeminencia por la fuerza. Eso es lo que ocurre.

El asombro más vivo se pintó en el rostro de los terrícolas.

—¡Un matriarcado en “Valera”! —exclamó el joven Aznar—. ¡Qué disparate!

—¿Y por qué ha de ser un disparate, señor Aznar? —contestó Irene con agresiva precipitación—. Desde los orígenes del mundo, sin que existiera ninguna verdadera razón, los hombres han dirigido las cosas a su manera supeditándonos a las mujeres a su voluntad y su capricho. Tal estado de cosas podía tolerarse en los tiempos en que la fuerza física del macho constituía el principal sostén de la familia. Hoy día la fuerza física del hombre no interviene para nada en el desarrollo y prosperidad de los pueblos y por lo tanto no existe razón alguna para que las mujeres sean consideradas en menos que los hombres. Podemos hacer todo lo que hagan ellos, y hacerlo mejor en ocasiones. Si la inteligencia es la suprema palanca que en esta Era mueve todas las cosas, la inteligencia debe prevalecer sobre el vigor físico del individuo, y en tal caso estamos en nuestro derecho al reclamar el control de los asuntos públicos.

—¿Quiere decir que pueden hacerlo porque son más inteligentes que nosotros?

—Lo hemos demostrado.

—¿Cuándo? —preguntó Miguel Ángel irónicamente—. No habrá sido en la batalla sideral de hace unas horas. Mi cuñado Gerardo, que ha dedicado toda su vida al fútbol y no sabe una palabra de táctica militar, hubiera dirigido mejor ese encuentro, simplemente con aplicar a la guerra lo que sabe de balompié.

Irene Polaris, que llevaba todo el rato temiendo oír una alusión

a la batalla, enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—En ese encuentro —contestó— las circunstancias nos impusieron un resultado adverso. Los nahumitas disparaban más torpedos que nosotros, y sus proyectiles eran mejores que los nuestros. ¿Hubiera conseguido usted una victoria donde nosotros fracasamos?

—Yo hubiera mandado a mi escuadra cargar contra la Armada Nahumita, habría pasado entre ella disparando torpedos y hubiera huido en dirección contraria a "Valera". La batalla se habría perdido de todas formas, pero hubiéramos salvado a un número mucho mayor de buques. Jamás hubiera cometido la torpeza de ordenar un viraje en redondo para retirarme hacia "Valera", porque con esa maniobra se anuló la ventaja de la velocidad que llevábamos y los nahumitas tuvieron tiempo para alcanzarnos mientras corríamos hacia el autoplaneta con el rabo entre piernas.

—Le agradezco mucho su lección de táctica —masculló Irene—. Es usted un muchacho muy precoz.

—No tanto como se figura —repuso el joven con ironía—. Tengo más de ochenta años y los tres luceros de Almirante en las charreteras de la casaca que olvidé ponerme al venir a verla.

Irene Polaris miró sorprendida a este muchacho rubio del que jamás hubiera sospechado que contara más de 20 años.

—Bien —dijo irritada—. Admitamos que las mujeres cometimos un error y perdimos la batalla. Es la primera vez que una cosa así ocurre en la Historia. Todas las demás batallas que se perdieron fueron dirigidas por hombres. Hasta que nosotros alcancemos la cifra de errores cometidos por ustedes, todavía nos queda mucho tiempo para rectificar y aprender. ¿No le parece?

La Almirante Mayor miraba al señor Aznar, y éste fue el que contestó:

—Esa salida es impropia de una mujer de su talento, señorita Polaris. Obstinarse en cometer errores porque otros los hayan cometido antes, es un absurdo que no conduce a ninguna parte.

—¡Oh, no es que nos propongamos imitarles! —protestó ella—. Solamente hago notar que tenemos derecho a hacernos perdonar muchas equivocaciones.

—Supongamos que los varones de "Valera" no quieran perdonarles el fracaso de esta campaña —insinuó el joven Miguel

Ángel.

Ella le miró, y sus pupilas centellearon siniestramente.

—En tal caso no tendremos más remedio que adoptar la actitud que los Estados Mayores anteriores al nuestro adoptaron frente a los revoltosos. Siendo "Valera" un transporte militar de tropas y estando regido por las mismas leyes que rigen a bordo de las aeronaves de la Confederación de Planetas Terrícolas, su Comandante, yo en este caso, puedo ordenar la salida de las tropas y juzgar sumarísimamente a los amotinados.

—Esperamos de usted que tenga bastante buen juicio para no proceder de esa forma —dijo el señor Aznar—. Posiblemente haya otros medios menos drásticos para aquietar a esa multitud.

—¿Conoce usted alguno?

—Creo que sí. La razón de su descontento; la derrota que acabamos de sufrir en el espacio, puede enjuagarse con la promesa de una victoria próxima. Alguien debe decirles que no todo está perdido, aunque parezca lo contrario. Conservamos todavía nuestro Orbimotor, nos quedan más de cien mil buques y contamos con un arma nueva y poderosísima.

—¿Se refiere a esos rayos de "luz sólida"?

—Sí.

—¿Son realmente tan poderosos?

—Puede usted prometer sin temor alguno que con ellos derrotaremos limpia y estrepitosamente al Imperio Milenario de Nahum.

—Los valeranos han dedicado casi medio siglo a hacer preparativos para esta segunda campaña contra el Imperio de Nahum —dijo la Almirante Mayor—. Sería pedirles demasiado que esperaran otros cincuenta años para encontrarse de nuevo en condiciones de atacar a los nahumitas.

—No necesitamos esperar ni siquiera un año para estar en condiciones de reanudar las hostilidades —aseguró el señor Aznar —. Los rayos de "luz sólida" ya fueron utilizados por nosotros en gran escala en nuestra lucha contra los sadritas. Cuando nos vimos obligados a evacuar los planetas de la Confederación Terrícola nosotros teníamos montada una gran industria para la fabricación de proyectores de ese tipo. En vez de destruirlas, lo que hicimos fue desmontar esas instalaciones y reducirlas por el sistema de

eliminación de espacios vacíos intermoleculares. Ahora podemos felicitarnos de haber previsto que algún día podríamos necesitar con urgencia de aquellas instalaciones. En nuestro “disco volante” traemos debidamente embalada y clasificada toda la maquinaria precisa para comenzar a fabricar proyectores de “luz sólida” mañana mismo.

Un chisporroteo de entusiasmo animó las pupilas de la Almirante Mayor.

—¿Es eso cierto? ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Esto es realmente magnifico!

—¿Quiere que hable yo mismo a los valeranos? —insinuó el señor Aznar.

Instintivamente, Irene Polaris se puso en guardia.

La presencia del viejo “superalmirante” a bordo de “Valera”, más que disgustarle, le alarmaba. El anciano caudillo, que físicamente estaba muy lejos de aparentar su verdadera edad, gozaba de un enorme prestigio en “Valera”. Las jóvenes generaciones que no le habían conocido y le tenían por muerto allá en la lejana Tierra le reverenciaban como a un héroe legendario.

Pero el almirante seguía vivo. Como uno de los dioses de la mitología surgía repentinamente de las tinieblas del pasado, y descendiendo del Olimpo, intervenía una vez más en los conflictos de los mortales.

En el presente caso, con la más deplorable de las inoportunidades.

El viejo “superalmirante”, por sí solo, era en este momento el único hombre capaz de hacer saltar el impopular matriarcado fundado por la madre de Irene. El elemento masculino de “Valera” le acogería como un enviado de la Providencia para que acaudillara sus reivindicaciones. En cuanto supieran que había regresado y estaba entre ellos, los varones de “Valera” le aclamarían exigiendo su restitución al mando supremo de las Fuerzas Armadas Expedicionarias. Y si el anciano quería, con sólo dar una voz, tendría a su lado hasta el último muchacho de “Valera” dispuesto a derramar su sangre en la ejecución de cualquier orden que el héroe le diera.

Irene, que sabía todo esto, había procurado ocultar el regreso del “superalmirante” rodeando su desembarco del mayor secreto.

Sin embargo no podía confiar en guardar este secreto por mucho tiempo, ni era aconsejable hacerlo.

Como todos los secretos compartidos por gran número de personas, la noticia del regreso del “superalmirante” acabaría por trascender al público. Y entonces acusarían a Irene de tenerle secuestrado, si no de cosas peores e igualmente fantásticas que excitarían la cólera del sector masculino de “Valera”, impulsándole a cometer algún disparate.

La cosa hubiera tenido fácil remedio de prevalecer todavía las bárbaras costumbres de la antigüedad. Con fusilar a los Aznar quedaba todo arreglado.

Pero los tiempos que corrían no eran los propios para realizar estas salvajadas, ni Irene Polaris era capaz de apelar a estos procedimientos para sostenerse en su cargo de Almirante Mayor. Así que escogió entre los males el menor y decidió presentar espontáneamente al anciano caudillo a la multitud que vociferaba ante el Palacio Residencial.

—Supongamos que yo le invitara a hablar a la nación —dijo Irene clavando sus bellas pupilas en las mortecinas del anciano—. ¿Qué les diría a los manifestantes?

—Les diría que todavía podemos aniquilar al Imperio de Nahum… y que tenemos el deber de aniquilarle. Ésa es nuestra misión principal, la única verdaderamente importante, la que está por encima de nuestras rencillas, nuestros problemas y nuestros intereses particulares. Los valeranos deben olvidar todo y dedicar su esfuerzo a la consecución del fin que perseguimos. Si ese fin es la destrucción del Imperio de Nahum, debemos dedicarnos exclusivamente a ello dejando de lado todo lo demás.

—¿No intentará usted servirse de la televisión para levantar bandera contra nuestro Alto Estado Mayor? —preguntó Irene cautelosamente.

Don Miguel Ángel Aznar contempló a la Almirante Mayor con el ceño fruncido.

—¿Por qué me pregunta eso? —interrogó—. Hasta ahora tengo entendido que el Alto Estado Mayor fue legalmente constituido.

—Y así es.

—Pues en ese caso sobraba la interpelación. No aspiro a erigirme de nuevo en Comandante en Jefe de este autoplaneta, si es

eso lo que recela. Renuncié voluntariamente al título de Almirante Mayor e hice firme promesa de no volver a ocuparme de los asuntos públicos.

Irene Polaris enrojeció.

—Usted me disculpará la suspicacia —murmuró—. Pero me consta que pronto vendrán a proponerle que acaudille el movimiento reaccionario masculino. Si usted accediera a ese ruego me vería en la dolorosa obligación de tratarle como rebelde ¿comprende?

—Honradamente hablando, no puedo negar que he sido cabecilla rebelde alguna vez —dijo el señor Aznar sonriendo con amargura—. Pero si lo hice fue por sostener un criterio que consideraba y luego resultó ser justo. ¿Sabe usted que la Bestia Gris se presentó en el Reino del Sol poco después de haber zarpado "Valera", y que nos hubiera arrollado y vuelto a sojuzgar si yo no me hubiera impuesto el deber de proceder al rearme de nuestra Confederación?

—¡Cielos! ¿Eso también? —exclamó Irene sorprendida—. Por lo que veo han ocurrido la mar de cosas en la Tierra desde que nuestro Orbimotor zarpó de allá. Será muy interesante oírle contar todo eso.

—No olvidaré contarlo cuando me dirija al pueblo de "Valera". Los valeranos deben saber que después de vencer aquí al Imperio de Nahum, todavía nos queda una misión más larga y difícil por realizar. Me refiero al regreso de "Valera" a la Tierra para combatir y aniquilar a los invasores sadritas. Se trata de una tarea dura, que exigirá de todos nosotros un largo sacrificio, y que no podemos en conciencia eludir. Porque si la Humanidad no aniquila a los sadritas, los sadritas nos aniquilarán a nosotros en un futuro no muy lejano.

—¿Esos sadritas, cómo son? —preguntó Irene estremeciéndose.

—No son humanos. Ni en forma, ni en tamaño, ni en naturaleza, ni en pensamiento se parecen lo más mínimo a nosotros. Pero no es necesario que me esfuerce en describírselos. Pronto podrá verles usted en las películas documentales que narran por sí solas toda la gran tragedia de nuestros viejos planetas —aseguró el viejo "superalmirante".

Irene Polaris se puso en pie. Miró pensativamente uno por uno a los terrícolas y luego, con un breve ademán, invitó a don Miguel

Ángel Aznar a seguirle.

Breves minutos más tarde, los miles de manifestantes que llenaban por completo la Plaza de España y las monumentales avenidas próximas, veían iluminarse en puntos estratégicos una serie de grandes pantallas situadas a bastante altura para que todos pudieran verlas.

Un busto de hombre apareció en imagen en todas las pantallas a su vez. Su mirada tranquila, inteligente y bondadosa, cayó sobre la multitud desde lo alto de las grandes pantallas. Sus nobles facciones resultaban familiares a los valeranos, aunque en el primer instante no pudieron precisar por qué.

La imagen televisada hizo un pausado ademán, sus finos labios empezaron a moverse y los potentes altoparlantes dominaron el murmullo de la multitud pronunciando las palabras más inesperadas:

—Queridos amigos, escuchadme. Os habla vuestro viejo Almirante Mayor… Miguel Ángel Aznar.

—¡¡¡El "Superalmirante"!!! —se escuchó en forma de exclamación que llenó todos los ámbitos de la monumental plaza y las avenidas próximas.

Los valeranos le reconocieron entonces. Un poco más viejo, con algunas arrugas más y bastantes canas en las sienes… Un poco más cansado era el "superalmirante" en persona.

El estupor estranguló los murmullos del público. En esta pausa se escuchó de nuevo la voz de don Miguel Ángel explicando las razones de su presencia en "Valera":

—"Apenas hace una hora que me encuentro en Nuevo Madrid… La Almirante Mayor, doña Irene, me invita a dirigiros la palabra. Sean pues mis primeras palabras, como salutación. Estoy entre vosotros y…"

La multitud, reaccionando después de la primera impresión de sorpresa, prorrumpió en un fiero aullido de gozo. Gritos de "¡Viva nuestro Almirante!" y "¡Vivan los Aznar!" atronaron el aire haciendo estremecer a los esbeltos rascacielos que dominaban la plaza.

Por espacio de varios minutos, estos gritos coreados hicieron imposible que el señor Aznar prosiguiera en su alocución. Cuando obedeciendo a los insistentes ademanes de la imagen televisada, la

muchedumbre empezó a calmarse, la voz cálida y emocionada del Almirante brotó nuevamente de los altoparlantes agradeciendo aquellas muestras de afecto.

—Éste —dijo el Almirante— sería el día más feliz de mi vida si la alegría que me produce estar de nuevo en mi querido "Orbimotor" no estuviese empañada por el recuerdo de la gran tragedia que me obligó a emprender tan largo viaje hasta vosotros.

El público agudizó el oído. El Almirante había optado por dar primero las malas noticias, dejando para último lugar lo poco que había de bueno en su discurso.

El silencio era ya completo cuando don Miguel Ángel evocó la partida del autoplaneta. En los Planetas Confederados, dijo, se prosiguió en la tarea de alistar el Ejército y la Armada más potentes que jamás hubieran guarnecido aquellos mundos.

Cuando la Abominable Bestia Gris irrumpió en el Reino del Sol, la Confederación Terrícola estaba preparada para recibirle adecuadamente. Por desgracia, la fracción antibelicista acababa de intervenir secuestrando al Almirante y a su madre, lo cual obligó al Alto Estado Mayor, a acceder a las demandas de la oposición que pedía, exigía más bien, el sacrificio de la Armada y la demolición de la industria bélica creada por el Almirante Aznar.

—Por fortuna —agregó el Almirante— sólo habíamos comenzado a desmantelar nuestra Armada Sideral cuando llegó la Bestia Gris. Los antibelicistas reconocieron honradamente que mi política no había sido tan mala como ellos creyeron y todo el mundo se unió fraternalmente para combatir a los Thorbod.

La Abominable Bestia, continuó diciendo el señor Aznar, fue derrotada y aniquilada sobre los mismos planetas que había pretendido sojuzgar. Por primera vez en la Historia, unidades completas de Hombres Grises se rindieron sin apelar a su acostumbrado recurso de luchar hasta morir.

—Fuimos clementes con ellos —dijo el Almirante. Y un estallido de aplausos y gritos de "¡Viva nuestro Almirante!" le impidieron hablar por otros largos minutos.

Al descender a un murmullo la marejada de aplausos, el señor Aznar continuó hablando. Dijo que el mundo comprendió en aquel punto y momento que ni siquiera después de haber vencido a la Bestia Gris debía tenerse desguarnecidos e indefensos a los planetas

de la Confederación.

—Cuando el mundo comprendió estas razones por las que yo tanto había luchado y padecido, consideré que mi misión estaba cumplida y renuncié allí mismo a todos mis cargos haciendo firme promesa de no volver a ocuparme de los asuntos públicos. Me casé, tuve dos hijos y viví feliz con mi familia apartado de la política hasta que treinta años más tarde…

Los "sadritas" irrumpieron en el Reino del Sol. Los "sadritas", que procedían de algún punto ignorado y remoto del Universo infinito, llegaron al Reino del Sol, tripulando una flota de autoplanetas y fueron a establecerse en el planeta Urano.

Eran unos seres extraños, provistos de una sobrehumana inteligencia, en forma de pequeños pulpos de apariencia repulsiva. En los "sadritas", el cerebro ocupaba la inmensa mayoría de su extraño organismo de titanio. Pero en aquel cerebro se ocultaba la mentalidad más aguda y perversa de cuantas el Hombre había encontrado en sus largas exploraciones a través del Cosmos.

Los "sadritas" no tenían voz ni oído. Se comunicaban entre sí por telepatía. Las deficiencias de su pequeño tamaño y su escaso vigor las había suplido de una manera original, alojándose en unos muñecos mecánicos que ellos manejaban desde dentro como si fueran un automóvil. Conocían la energía atómica, la transmutación de la materia, la electrónica y la cibernética, la compresión molecular, la navegación astronómica, la "dedona" y todos los adelantos terrícolas.

—Pero además, y esto fue lo más grave —continuó diciendo el señor Aznar— conocían la "luz sólida" que todavía era un secreto para nosotros.

Con sus rayos de "luz sólida", que atravesaban incluso las corazas de "dedona" de los cruceros siderales de la Armada Terrícola, los "sadritas" dieron la primera desagradable sorpresa a los jefes de la escuadra que salió a interpelarles llenándoles de agujeros los cascos de sus buques.

—No pudimos impedir que los intrusos llegaran hasta Urano y empezaran a desembarcar en él —se lamentó el señor Aznar.

Los "sadritas" enviaron una comisión a la Tierra para parlamentar con el Gobierno de la Confederación. Sirviéndose de una vieja máquina de escribir "Thorbod", o sea fabricada por la

Bestia Gris, los “sadritas” llegaron a entenderse con los terrícolas manifestando a éstos su deseo de convivir pacíficamente.

En principio, y como quiera que Urano era un planeta inhabitado e inhabitable para la criatura humana de la Tierra, la petición de los “sadritas” de que les permitieran vivir en paz y buena vecindad en Urano no parecía amenazar la seguridad de los tres planetas confederados (Venus, La Tierra y Marte).

Los terrícolas hicieron lo único que podían hacer en estas circunstancias. Impotentes para combatir a los “sadritas”, accedieron a que éstos se establecieran en el gigantesco Urano.

—Pero las cosas no podían quedar así —prosiguió diciendo el almirante Aznar—. Nosotros no podíamos sentirnos tranquilos en nuestros planetas teniendo por vecinos a unos individuos que podían aniquilarnos de un momento a otro. Necesitábamos poseer también aquella “luz sólida” para poder negociar con los “sadritas” en un plano de igualdad, y se decidió enviar un “comando” a Urano cuya misión consistía en capturar alguno de aquellos proyectores. También debían capturar al menos a un “sadrita” vivo, porque nuestros sabios empezaban a recelar que la naturaleza de aquellos bichos, tan distinta de la nuestra, no podían sobrevivir bajo un sol metálico de la composición y edad del astro que alumbraba nuestros planetas.

El comando fue a Urano, y aunque no consiguió capturar ningún “sadrita”, regresó victorioso con una de aquellas armas que disparaban rayos de “luz sólida”. Los científicos terrícolas examinaron el arma y le arrancaron su secreto. La industria de los tres planetas confederados empezó a fabricar proyectores de “luz sólida”, para armar con ellos a todos los buques de la Armada Sideral.

Los biólogos, mientras tanto, llegaban a la conclusión de que los “sadritas” no podían habitar en Urano bajo los rayos del sol de los terrícolas, el cual era altamente perjudicial para estas extrañas criaturas de titanio. Lo más probable, aseguraron los científicos, sería que los “sadritas” intentaran transmutar el sol en una estrella apta para la vida de una naturaleza de titanio.

—Se originó a este propósito una acalorada controversia —dijo el señor Aznar—. Lo que se discutía era si los “sadritas” podrían o no podrían verificar esa transmutación solar, la cual de ser

realizada, sellaría automáticamente una sentencia de muerte para toda nuestra naturaleza de carbono. Cuando alcanzábamos victoriosos el plazo que nos habíamos fijado para armarnos con los nuevos proyectores de “luz sólida”, los mismos “sadritas” pusieron fin a la discusión demostrándonos que SÍ podían efectuar la transmutación de nuestro sol en un sol de titanio. Nuestro sol, aquel astro a cuyo calor surgió a la vida nuestra Humanidad, ardió en una inmensa llamarada verde, aumentó varias veces de tamaño, abrasó a nuestros desdichados planetas y se volvió contra nosotros quedando transformado en un sol asesino…

La voz emocionada del almirante Aznar, brotando de los altoparlantes distribuidos en la plaza y en las avenidas contiguas, surgiendo a la vez de varios millones de receptores de televisión esparcidos por todo el autoplaneta, retuvo la respiración de ochenta y cinco millones de valeranos que estaban pendientes de sus palabras.

En la Plaza de España, la multitud allí congregada acogió con un unánime estremecimiento de frío las terribles noticias de la destrucción completa de la vida sobre los planetas terrícolas.

—El resto —concluyó el Almirante dramáticamente— puede resumirse en pocas palabras. Ya nada nos quedaba por hacer en nuestros planetas moribundos. La evacuación inmediata era forzosa, inaplazable. Es cierto que teníamos una formidable flota armada con las mismas armas de los “sadritas”, dispuesta a combatir a éstos y expulsarles de nuestro sistema solar… Pero la expulsión de los intrusos carecía ya de objeto porque con “sadritas” o sin ellos, lo cierto era que teníamos que marcharnos de todas formas. Incluso la misma batalla sideral que habíamos estado preparando parecía inútil, ya que corriendo el grave riesgo de ser vapuleados no íbamos a ganar nada en ella. Sin embargo, decidimos luchar. Necesitábamos aplacar nuestra cólera y nuestra desesperación matando “sadritas”… cuantos más mejor, aunque sabíamos ya que nunca conseguiríamos aniquilarles de forma que no pudieran siquiera reproducirse en la paradisíaca soledad en que íbamos a dejarles después de nuestra marcha. La batalla, al fin, resultó poco menos que en tablas. Nosotros les destruimos en el espacio, pero ellos destrozaron nuestros transportes militares y no pudimos efectuar el desembarco proyectado. Después de aquello la Flota

vino a reunirse con nuestros autoplanetas, que ya volaban alejándose del Reino del Sol. La inmensa mayoría de los expatriados decidieron marchar a “Redención”. Tres autoplanetas de los más grandes me siguieron a mí hasta los planetas Thorbod. De allí venimos ahora. Entre los planetas Thorbod, encontramos uno habitado por seres humanos y en él nos tropezamos también con una escuadra nahumita que había llegado hasta allí en busca de cautivos. Nos enteramos de que el Imperio nahumita había resucitado hacía siglos con el nuevo nombre de Imperio Milenario. Pensé que quizá nuestro autoplaneta “Valera” estuviera enzarzado en una lucha difícil contra los nahumitas… y aquí estamos.

El almirante Aznar hizo constar su disgusto por la agitación que acababa de encontrar en “Valera” al regresar. Hizo saber a los valeranos que estaban en condiciones de empezar a fabricar proyectores de “luz sólida” en este mismo instante y concluyó:

—La guerra no ha terminado, sino que empieza ahora. Ningún arma conocida puede siquiera compararse a estos rayos de “luz sólida” que atraviesan las corazas de “dedona” como el papel. Los nahumitas están virtualmente vencidos desde este momento, y todo lo que tenemos que hacer es precipitar su caída lo más rápidamente posible. Éste es sólo el comienzo de una empresa más larga y de mayor envergadura. Muy lejos, allá en nuestros planetas terrícolas, los “sadritas” se multiplican y prosperan, acrecientan su poderío y se yerguen como una amenaza para todo el género humano. Hemos de volver allá para aniquilarles o resignarnos a ser aniquilados por ellos más tarde. Pensadlo bien. Los problemas que ahora os acaloran son nimiedades indignas de tenerse en cuenta ante el peligro común que nos acecha. Que el Almirante Mayor sea hombre o mujer, que sean hombres o mujeres los miembros del Estado Mayor, eso carece de importancia. Porque al fin, sean hombres o mujeres, esos individuos lucharán con igual ardor contra el enemigo común a toda la raza humana. Esta absurda competencia entre valeranos de distinto sexo debe cesar. La tarea que nos aguarda: desmembrar primero al Imperio de Nahum, correr hacia la Tierra y preparar unas formidables Fuerzas Armadas mientras tanto, exigirá a partir de este momento hasta el último de nuestros esfuerzos y pensamientos. Sólo nuestro “Orbimotor” puede llevar hasta la Tierra una Armada y un Ejército realmente formidable. Por sus

cualidades excepcionales, "Valera" es el único capaz de realizar una expedición guerrera de esa magnitud con una proporción razonable de probabilidades de éxito a su favor. Nosotros somos en este instante y a partir de este instante los campeones de la cristiandad universal. ¿Qué pensarían de nosotros los hermanos de los planetas redentores si supieran que en vez de dedicarnos a combatir al enemigo desperdiciamos nuestras energías en una insulsa diatriba entre hombres y mujeres?

La muchedumbre masculina, los rostros alzados hacia las gigantescas pantallas donde aparecía la imagen del Almirante, escuchaban la filípica de don Miguel Ángel. Éste, desde las pantallas, paseó su mirada por el mar de cabezas levantadas hacia él.

—Volved ahora a vuestras casas —terminó diciendo el almirante Aznar—. Hacedlo por mí, siquiera sea para demostrarme que todavía cuento con vuestro aprecio. Yo os prometo que si algunas irregularidades y abusos de autoridad se han cometido por las señoras que ejercen el mando, esto no volverá a repetirse.

Un breve silencio siguió a las últimas palabras del Almirante. De pronto se escuchó un grito:

—¡Viva nuestro Almirante!

Un rugido de entusiasmo contestó. Los vivas atronaron los ámbitos de la grandiosa Plaza de España y la profunda hendidura que formaban las filas de rascacielos a lo largo de las avenidas. Los gritos continuaron durante mucho rato. Luego, lentamente, la multitud se fue dispersando, afluyendo mansamente por las avenidas adelante para disolverse en las calles que como hilos de una tela de araña unían las avenidas radiales que arrancando de la Plaza de España, se distanciaban unas de otras para ir a morir en los lejanos suburbios.

En el despacho de Irene Polaris, junto a la ventana desde la cual el almirante Aznar había pronunciado la alocución, la suprema autoridad de "Valera" estrechó la mano del viejo caudillo.

—Gracias, Almirante. Acaba de quitarme usted un gran peso de encima. Verdaderamente, me hubiera apenado mucho tener que disolver esa manifestación con bombas de gases lacrimógenos.

—Las gracias a usted, señorita Polaris —contestó el señor Aznar sonriendo—. Ya ve que he abusado un poco de su generosidad

prometiendo a los revoltosos que no volverían a cometerse injusticias ni irregularidades. Espero que no me dejará usted en mal lugar.

—¿Cómo sabe que se han cometido abusos e irregularidades? —preguntó Irene entre irónica y contenta.

—Todos los que hemos mandado en “Valera” las cometimos alguna vez… o nos acusaron de cometerlas. Cuando yo era Almirante Mayor solía decirse que protegía especialmente a los Aznar en perjuicio de los Balmer. Luego, los Balmer nos expulsaron a los Aznar del autoplaneta. La verdad es que un Almirante Mayor no puede despojarse de su condición humana ni dejar sentir simpatías hacia unos u otros. Me basta mi experiencia para comprender que, siendo usted mujer y estando formado por mujeres el Alto Estado Mayor, las damas han sido favorecidas en detrimento del elemento masculino de “Valera”.

—Seguramente ha ocurrido así —murmuró Irene enrojeciendo ligeramente bajo la penetrante mirada del caudillo. Y agregó—: Prometo hacer un esfuerzo para ser más imparcial en adelante.

CAPÍTULO IV

MIGUEL Ángel Aznar daba constantes vueltas en su lecho sin lograr conciliar el sueño. La familia Aznar, después que el "superalmirante" hubo pronunciado su histórica alocución dirigida a los manifestantes congregados ante el Palacio Residencial, había sido conducida a los mismos departamentos que ocupaba cuando el padre de Miguel Ángel, siglo y medio más joven, era el Comandante en Jefe del autoplaneta y dirigía la campaña contra el Gran Tass, Emperador de Nahum, Señor de los Cielos y los Planetas.

La cena de aquella noche, en la intimidad familiar de aquellas habitaciones, había sido un constante y emocionado recordar de los miembros más viejos de la familia.

A Miguel Ángel, que había nacido en la Tierra, aquellas habitaciones no le decían nada, excepto que se encontraba en el sitio donde tantas veces deseara estar. Esto, en realidad, bastaba y sobraba para tenerle excitado a altas horas de la madrugada.

La atmósfera cargada de recuerdos familiares que respiraba a su alrededor, el discurso de su padre ante los valeranos, su llegada al autoplaneta, el nerviosismo de la batalla sideral en que él mismo tuvo que intervenir con su escuadrilla de "Omegas" para salvar a la Armada Sideral Expedicionaria de un desastre completo, los planes y proyectos de la campaña que empezaría en breve… el pasado, el presente y el futuro, giraban mezclados en torbellino entre las paredes del cráneo del joven Almirante confabulándose para impedirle dormir.

Hasta que, finalmente, cansado e irritado consigo mismo, Miguel Ángel saltó de la cama, se vistió y abandonó las habitaciones de la familia dispuesto a subir a la azotea para respirar aire puro y refrescar su calentorienta cabeza.

Al salir al pasillo, una de las dos mujeres soldados que montaban la guardia le salió al paso preguntándole con amabilidad si

necesitaba alguna cosa.

—Sólo necesito que me indiquen la salida hacia el ascensor —contestó Miguel Ángel—. Deseo subir a la azotea a tomar el fresco.

La mujer-soldado le acompañó hasta la cabina de un ascensor, le abrió y cerró la puerta y hasta oprimió por sí misma el botón del puesta en marcha. Breves instantes después el ascensor se detenía y las puertas se abrían automáticamente.

El joven Almirante echó a andar por la terraza, la cual tenía las dimensiones de un estadio de los más grandes. No le extrañó ver en la azotea gran número de aerobotes que llevaban pintados en las portezuelas las barras y las estrellas de los generales y almirantes que eran sus usuales usufructuarios.

La Almirante Mayor, al despedirse del señor Aznar y la familia de éste por aquella noche, se había lamentado de no poder invitarles a su mesa porque tenía que asistir a una reunión urgente del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Expedicionarias.

Miguel Ángel Aznar consultó su reloj de pulsera, que aquella misma noche había puesto a hora de "Valera". La reunión de los altos jefes del Ejército y la Armada duraba ya cinco horas. Eran las tres de la madrugada.

El joven paseó a lo largo del parapeto dando una vuelta completa a la terraza mirando hacia afuera y complaciéndose del fresco y la quietud de la noche. La noche de "Valera", como todas las cosas de este sorprendente mundo, era también un artificio maquinado por el hombre.

Sobre su cabeza, Miguel Ángel podía ver un disco plateado que brillaba con un haz suave, pálida y uniforme, difundiendo una vaporosa claridad semejante al poético resplandor de la Luna que los habitantes de la Tierra veían brillar en el firmamento nocturno de su planeta.

Este globo que Miguel Ángel veía en la vertical, a más de mil kilómetros de altura y a través de unos cien kilómetros de atmósfera, era la "luna" de "Valera". Una Luna muy original, que no tenía semejanza con ninguna otra del Universo, porque ésta era obra del ingenio humano y tenía además una doble personalidad: de Luna y de Sol.

Aquella lámpara gigantesca, que alumbraba por igual a un tiempo a todos los habitantes de "Valera", permanecía fija y esclava

de las fuerzas gravitatorias que tiraban de ella en todos sentidos en el centro del inmenso espacio hueco del interior del planetillo. A su alrededor se extendían las tierras, los mares, las montañas, los bosques y las populosas urbes de “Valera” cubriendo toda la concavidad esférica de la enorme bola hueca.

Siendo este sol una lámpara artificial creada por el hombre, el Hombre se había reservado el derecho de tenerla esclava de su capricho pudiendo atenuar su luz, hacerla más potente, cambiarla de composición o apagarla completamente si lo deseaba.

Los valeranos, a fin de reglamentar su existencia a bordo de este autoplaneta gigantesco, habían seguido las costumbres de la Tierra dividiendo la jornada en veinticuatro horas. Así, durante doce horas seguidas, el gran fanal suspendido sobre las cabezas de los valeranos brillaba con luz amarilla y fuerte que hacía evaporar el agua de los mares y ponía en actividad la maquinaria de la vida vegetal.

Todas las “tardes”, a las 7’30, el sol artificial de “Valera” empezaba a perder su lumínico vigor. El crepúsculo artificial duraba media hora y a las ocho brillaban las luces eléctricas de las ciudades, lujo extravagante y costoso del cual hubieran podido prescindir muy bien los valeranos, pero del cual se negaban a prescindir por razones sentimentales que le aproximaban más al mundo natural del cual eran originarios.

Durante media hora, la oscuridad era total en todo el autoplaneta a excepción de las ciudades que se iluminaban con los focos eléctricos. A las 8’30, los valeranos veían brillar sobre sus cabezas un disco plateado que iba cobrando vigor con lentitud. Era el sol que ahora hacía los oficios de Luna. Hasta las cinco de la madrugada, la “Luna” brillaba en el cielo de “Valera” difundiendo la luz suave y apacible. A esta hora se apagaba de golpe. Sobrevenía otra media hora de total oscuridad, anuncio del nuevo “día” que no tardaría en amanecer.

A las cinco y media de la mañana, desde el cenit valerano, el sol artificial empezaba a lanzar sus débiles y acariciadores rayos. La cándida naturaleza, las bestias y las plantas, despertaban al nuevo día ignorantes del engaño de que eran objeto. Y con los trinos de los pájaros y la fragancia de las flores y los bosques, el nuevo día de “Valera” comenzaba.

Y así una vez y otra, un día y otro, año tras año, siglo tras siglo…

Desde el parapeto de la azotea, Miguel Ángel Aznar sonrió con melancolía lanzando su mirada sobre el majestuoso panorama de esbeltos rascacielos y avenidas radiales cuajadas de luces que formaban interminables hileras hasta perderse en la distancia con débiles parpadeos. Éste era el "Valera" que él había imaginado, el mismo "Valera" de sus abuelos más remotos, el de ayer, el de hoy y el de siempre. Un "Valera" medio infantil, medio guerrero, un mundo dentro de otro mundo, un mundo que le sobreviviría a él como había sobrevivido a múltiples generaciones que en él vivieron, amaron, lucharon y a veces sufrieron…

La imaginación de Miguel Ángel remontaba el vuelo y escapando del sólido caparazón de "Valera" se lanzaba a los campos abiertos de la fantasía cuando un rumor de pasos, de voces y de portezuelas que se abrían y cerraban le devolvió a la realidad.

Los ascensores acababan de subir en silencio y volcaban en la azotea el contenido humano de sus cabinas. Almirantes que vestían rojas casacas y calzones azules. Generales del Ejército con sus brillantes uniformes verdes y sus relucientes cascos rematados con penachos de multicolores plumas, salían en grupos de los ascensores y se dirigían en busca de sus navecillas.

Todo eran mujeres. Hablaban en voz alta, excitadamente. Dos de ellas pasaron bastante cerca de Miguel Ángel cuando se dirigían en busca de una lujosa falúa, cuyos cristales y cromados chisporroteaban bajo la luz de la "Luna".

—Bastantes cosas hemos aguantado en nombre de la unidad política de nuestro matriarcado —decía una de ellas—. Irene Polaris puede escoger entre suicidarse o dimitir su cargo, a mí me es indiferente. Lo que sí le aseguro a usted es que no aguardaré más de la salida del sol. Si para entonces no ha entregado la renuncia, marcharé sobre la ciudad con mi división acorazada y la obligaré a saltar de su silla.

—¿Y a quién pondremos en lugar de Irene, mi General? —contestó la otra—. La verdad es que no hemos podido ponernos de acuerdo acerca de quién debe sucederle. Quien más, quien menos…

El resto de la conversación no pudo oírlo Miguel Ángel. No obstante había escuchado lo bastante para formarse una idea del

carácter tempestuoso de la reunión que acababa de terminar. Allí, en una atmósfera tensa, cargada de reproches, las señoras Almirantes y Generales del Alto Estado Mayor, habían decidido que alguien tenía que pagar los tiestos rotos, y nadie más indicada para servir de víctima que la Almirante Mayor.

Las Almirantes y Generales, después de conversar en grupos junto a las portezuelas abiertas de sus aparatos, se separaron y montaron en sus navecillas para elevarse y partir con rumbos diferentes.

Al cabo de un rato la azotea quedó completamente desierta. Miguel Ángel Aznar reanudó su paseo dando otra vuelta completa a lo largo del parapeto. Aunque intentó unir el cortado hilo de sus reflexiones anteriores a la salida de las señoras jefes del Estado Mayor no pudo conseguirlo. Pensaba en aquella Irene Polaris, víctima circunstancial de un fracaso del que quizá no fuera la única, ni siquiera la principal culpable. ¿Dimitiría?

Paseando, Miguel Ángel volvió de nuevo cerca de la línea de ascensores. Allí, apoyada de codos en el parapeto con la mirada perdida en la maravillosa perspectiva de la ciudad, vio una figura humana que debía haber llegado mientras él se encontraba en el extremo opuesto de la terraza.

Ella, al escuchar el apagado rumor de los pasos, se irguió sobresaltada. Era Irene Polaris, la Almirante Mayor. Miguel Ángel la reconoció bajo la luz de la “Luna” y se detuvo.

—¡Hola! —dijo un poco sorprendido.

Ella vestía unos calzones azules con franja amarilla en las costuras, muy ceñidos a sus esbeltas y bien torneadas piernas. Iba sin chaqueta y llevaba las mangas de la camisa arremangadas por encima del codo.

—Hola —murmuró con voz apagada—. ¿Es usted?

—No podía dormir. Salí a tomar el aire —dijo Miguel Ángel.

Miguel Ángel vaciló un instante entre marcharse o quedarse allí. Se decidió por lo último, aun a riesgo de parecer inoportuno. Irene Polaris le interesaba, y creía que quizá ella estuviera necesitando en este momento de algún consuelo.

—Mucho ha durado esa conferencia —dijo a modo de insinuación—. ¿Qué es lo que trataron en ella?

—Mis colegas trataron de persuadirme para que dimitiera mi

cargo.

—¿Quiere decir que no lo consiguieron?

Ella se pasó una de sus blancas manos por la calenturienta frente.

—No sé. Estoy en un mar de confusiones —murmuró. Y luego, tras una breve pausa, volvió su pálido rostro hacia el terrícola—: ¿Usted qué cree? ¿Debo dimitir?

—Yo creo que si el Almirante Quesada fue destituido con todo su Estado Mayor por haber perdido la primera batalla contra los nahumitas, ni usted ni su Alto Estado Mayor, tienen excusa para gozar de mejor suerte. Quesada, al menos, salvó a la mitad de una escuadra que era la mitad de numerosa que la de ustedes.

En la palidez de su bello rostro, las pupilas oscuras de la Almirante Mayor relampaguearon un segundo.

—Apuesto a que le gustaría a usted verme destituida —dijo.

Miguel Ángel Aznar se encogió de hombros.

—No se trata de una cuestión personal —aseguró—. Pero si algún día tuviera yo que verme metido en una batalla contra los nahumitas, preferiría hacerlo bajo las órdenes de un jefe más competente.

—No tema —dijo ella irguiéndose con altivez—. Jamás se verá en el penoso deber de entrar en combate bajo mis órdenes.

Y girando sobre sus talones se dirigió rápidamente hacia uno de los ascensores.

Miguel Ángel, arrepentido de su propia crudeza, se quedó inmóvil siguiéndola con la vista mientras ella se alejaba y entraba en el ascensor. Las puertas del aparato se cerraron, se oyó un leve zumbido, y la cabina se hundió en el pozo.

El terrícola volvió a acodarse en el parapeto. Trató de imaginar el estado de ánimo de la Almirante Mayor; su humillación ante la derrota sufrida, su depresión moral, su sentimiento de responsabilidad por los cinco millones de bajas habidas en el combate…

“¡Pobre muchacha!”, se dijo.

Y se preguntó qué haría ella al fin. ¿Dimitiría? Esto era lo que esperaban sus colegas del Estado Mayor General. Las palabras de aquella General de una división acorazada resonaban aún en los oídos de Miguel Ángel: “Irene Polaris puede escoger entre suicidarse

o dimitir su cargo, me es indiferente”.

¡Cuán feroz impiedad encerraban aquellas palabras! Miguel Ángel se preguntó si Irene Polaris sería capaz de suicidarse. ¿Lo sería?

“¡Cielos, sí!”, se dijo. “En su estado de ánimo es capaz de cualquier locura”.

E inspirado por un terrible presentimiento, Miguel Ángel se puso en marcha hacia la batería de ascensores. Lamentaba sinceramente haber sido tan rudo con Irene Polaris. Él, al acercarse a ella, había pensado que quizá necesitara de algún consuelo. Esto era precisamente lo que ella necesitaba. ¿Pero cómo le había hablado él? Lejos de tranquilizarla, lo que había hecho fue contribuir a su excitación y desconcierto. Quizá fuera muy penoso para ella renunciar a su cargo. Y en tal caso, sus palabras, “jamás se verá en el penoso deber de entrar en combate bajo mis órdenes”, sólo podía tener un significado.

El ascensor estaba ya en marcha hacia el piso reservado a habitaciones particulares de la Almirante Mayor. Era el mismo piso donde estaban las habitaciones de la familia Aznar. Al terrícola le pareció que el ascensor tardaba una eternidad en detenerse.

Salió del ascensor lanzado como un cohete, estando a punto de derribar a dos muchachas uniformadas que le miraron entre sorprendidas y recelosas. Las mujeres-soldado que eran altas y robustas, alargaron a un tiempo las manos y le retuvieron por ambos brazos.

—¡Alto, joven! —dijo una de ellas—. ¿Adónde va con tanta prisa?

Miguel Ángel les explicó brevemente quién era y agregó:

—Tengo que alcanzar a doña Irene. Estuve hablando con ella arriba, en la terraza, y por las cosas que dijo temo que vaya a cometer un disparate.

—¿Qué clase de disparate? —le preguntaron secamente las mujeres.

—Puede que haya pensado suicidarse.

Las dos soldados cruzaron entre sí una mirada de alarma.

—Realmente, parecía muy excitada —dijo una de ellas.

Y la otra agregó:

—No debimos abandonar la guardia, ni siquiera después que ella

nos lo ordenó. ¡Corramos!

Los tres se lanzaron a la carrera por un ancho pasillo. Al llegar ante las grandes puertas de doble hoja que conducían a las habitaciones particulares de la Almirante Mayor, las muchachas se detuvieron indecisas.

—Vamos —dijo Miguel Ángel. Y empujando la puerta entró.

Las dos mujeres-soldado, animadas por la resolución del terrestre, le siguieron a través de un suntuoso vestíbulo hasta una puerta entornada por cuyo resquicio salía un rayo de luz. A última hora, temiendo pecar de precipitado, Miguel Ángel atisbó por la abertura de la puerta sin atreverse a entrar.

Irene Polaris estaba de espaldas a la puerta, ligeramente inclinada sobre una lujosa mesa de madera tallada, y moviendo las manos como si manipulara algo que no se alcanzaba a ver desde la puerta. El terrícola vaciló un instante y en este instante, Irene Polaris levantó un brazo doblado hasta la altura del pecho.

Miguel Ángel sólo vio en una fracción de segundo la pistola que empuñaba. Dando un salto hacia adelante empujó la puerta y entró gritando:

—¡Señorita Irene!

Ella se estremeció sobresaltada al mismo tiempo que sonaba el disparo fatal. Cayó hacia adelante, dándose un fuerte golpe contra la mesa antes de derrumbarse y rodar por el suelo.

Lanzando una ronca exclamación, Miguel Ángel Aznar corrió hasta ella arrodillándose en el piso. Irene Polaris había quedado boca arriba con los ojos cerrados. En la mano derecha empuñaba una antigua, si bien que mortífera pistola automática del siglo XX. En la pechera de la blanca camisa que vestía, debajo del seno, se ensanchaba una mancha de sangre.

Rápidamente, el Almirante le tomó una muñeca en busca del pulso. Percibió el débil latido del corazón bajo la yema de su nervioso y sensitivo pulgar.

—¡Llamen a un médico! —gritó a las pálidas y contritas mujeres que se inclinaban sobre la suicida—. ¡Todavía vive!

Una de las fornidas muchachas salió atropelladamente del despacho. La otra corrió hacia un aparato televisor instalado junto a la mesa. Mientras tanto, lleno de angustia, Miguel Ángel contemplaba el bello y pálido rostro de Irene Polaris. Se sentía

responsable de aquel desdichado accidente. Y aunque Irene Polaris era todavía una extraña para él hacía solamente unas horas, deseó ardientemente que la herida no fuera fatal y pudiera salvarse.

—"¡Señor, sálvale la vida a esta desdichada…!" —murmuró entre dientes.

Y su ruego fue escuchado. Un minuto más tarde, un excitado grupo de mujeres entró en el despacho. La doctora se inclinó sobre el cuerpo exánime de Irene Polaris, la examinó rápidamente y le aplicó el estetoscopio.

—Llévenla al quirófano deprisa —ordenó incorporándose—. Podremos salvarla. La bala no le tocó en el corazón, pero le atravesó un pulmón.

Miguel Ángel Aznar exhaló un hondo suspiro de alivio.

CAPÍTULO V

ERA al filo del mediodía cuando Miguel Ángel Aznar se despertó. En el primer momento miró con extrañeza a su alrededor. Luego, al recordar que se encontraba a bordo del autoplaneta “Valera”, sintió una profunda alegría que le retozaba en el corazón.

Acto seguido recordó el desgraciado intento de suicidio de Irene Polaris, y aquello le entristeció. Se dijo que habría que telefonear a alguna parte preguntando por el estado de la Almirante Mayor.

Poco después, mientras se vestía, miró por la ventana hacia la Plaza de España y la vio completamente ocupada por varios centenares de “tarántulas” robot y una formidable parada de soldados autómatas que parecían aguardar en correcta formación.

Apresurándose, Miguel Ángel abandonó su alcoba para ir a reunirse con su familia. Su padre y su tío José Luis estaban cómodamente repantigados en un diván frente a un televisor en marcha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel Ángel—. ¿A qué viene esa parada de autómatas frente a Palacio?

—Han ocurrido algunas cosas —dijo el anciano “superalmirante” cerrando el televisor—. Esta mañana, cuando los madrileños despertaron, se encontraron que el Ejército tenía rodeada a la ciudad y avanzaba hacia la Plaza de España. Poco después de las diez se presentó sobre Nuevo Madrid una División Sideral. La almirante Rolan, al frente de un grupo de altos jefes del Estado Mayor General, llegó a este edificio y se personó en las habitaciones de la Almirante Mayor, señorita Irene Polaris. Como ésta no se encontraba en condiciones de firmar su dimisión, el Estado Mayor decidió interpretar su intento de suicidio en el sentido que renunciaba al mando y nombró una Junta Militar provisional encabezada por la almirante Rolan para que proceda a la elección de una nueva Almirante Mayor.

Miguel Ángel hizo una mueca de disgusto.

—¿A qué diablos viene tanta prisa por nombrar una nueva Almirante Mayor? —refunfuñó—. ¿Es que esas señoras no pueden aguardar siquiera a que la señorita Polaris esté en condiciones de expresar por sí misma si realmente desea renunciar o continuar en el mando?

—No creo que a esas señoras les importe mucho lo que la señorita Polaris pueda decir —contestó el general Balmer—. Tanto si le gusta como si no, el Estado Mayor ha decidido echarla.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Miguel Ángel.

—Según establecen las Ordenanzas —contestó el viejo almirante Aznar—, nadie puede destituir a un Comandante en Jefe que ha sido nombrado por el Gobierno, a excepción del mismo Gobierno. Eso es lo que dicen las Ordenanzas. Sin embargo, en la práctica, un Comandante en Jefe no puede sostenerse en su puesto cuando tiene en contra a su Estado Mayor General. El Ejército y la Armada pueden presionar sobre un Almirante Mayor y obligar a éste a entregar su dimisión. En este caso, el Estado Mayor General está facultado para designar un nuevo Comandante en Jefe, que será siempre un comandante en Jefe provisional hasta en tanto el autoplaneta no rinda viaje en los Planetas Confederados y sea confirmado en su cargo por el Gobierno.

—Si un Comandante en Jefe de "Valera" nombrado por el Gobierno Confederado no puede ser destituido sino por el propio Gobierno, ¿ocurre lo mismo con un Comandante en Jefe que ha sido designado por el Estado Mayor General?

—Un Estado Mayor puede designar a un Comandante en Jefe, pero no puede destituirlo a su antojo.

—¿Así pues, la señorita Polaris sigue siendo la legítima Almirante Mayor mientras no firme una renuncia?

—Desde luego, lo es y seguirá siéndolo mientras no presente su dimisión.

Miguel Ángel permaneció unos momentos pensativo.

—Yo creo que a nosotros nos conviene que la señorita Polaris continúe de Comandante en Jefe —murmuró.

—¿Por qué? —contestó el señor Aznar—. A nosotros nos es completamente indiferente. No hemos venido a mezclarnos en politiquerías ni conspiraciones de Estado Mayor. Nosotros hemos

venido a luchar contra el Imperio Milenario de Nahum y… Por cierto, que vamos a almorzar temprano para ir en seguida a ver cómo anda el desembarco de nuestra maquinaria. Montar esas instalaciones y empezar a fabricar en seguida grandes cantidades de proyectores de “luz sólida” es lo único que ahora interesa. No merece la pena hablar de nada más.

Miguel Ángel, que como el resto de la familia respetaba religiosamente al autor de sus días, no osó protestar ni siquiera pronunciar ninguna nueva insinuación. Almorzaron. Luego, el señor Aznar, el general Balmer, Miguel Ángel y su sobrino Miguel Ángel Otero, subieron a la azotea del edificio para embarcar en un aerobote y volar seiscientos kilómetros hasta el pétreo desierto donde iban a montarse las nuevas instalaciones industriales para la fabricación de proyectores de “luz sólida”.

Un nutrido grupo de científicos, técnicos e ingenieros terrícolas que habían desembarcado aquella mañana del autoplaneta “Ascrea”, se encontraba ya en el punto escogido para emplazar las nuevas instalaciones y discutía con otro grupo de señoras ingenieros, técnicos y científicos valeranos sobre el terreno.

No lejos de donde los ingenieros terrícolas y valeranos trazaban planos y proyectos se levantaba a modo de una meseta arenosa de unos cien metros de elevación, que no era más que una de las gigantescas compuertas de uno de los tubos que comunicaban el interior hueco del planetillo con la superficie exterior del mismo. Con cronométrica regularidad, cada diez minutos, salía por la boca de este enorme tubo un buque de transporte que en seguida recobraba la horizontal e iba a posarse en el desierto.

De estos grandes buques, las brigadas de trabajadores descargaban millares de cajas de todas formas y tamaños que iban a formar grandes pirámides alrededor de la boca del tubo de comunicación.

Estas cajas aunque distintas entre sí en forma y tamaño, estaban hechas del mismo material traslúcido y resistente parecido a cristal. Todas contenían diversas piezas de maquinaria, y muchas, máquinas completas que parecían de juguete. En realidad tratábase de máquinas verdaderas que habían sido “comprimidas”, reducidas de tamaño por un complicadísimo procedimiento científico-industrial que consistía en forzar la aproximación de los átomos

constitutivos de la materia, anulando la mayor parte de los espacios vacíos existentes entre los electrones y su núcleo.

Procediendo a la inversa, o sea devolviendo a la materia el espacio intramolecular que se le había arrebatado, las máquinas tratadas por este procedimiento volvían a recobrar su tamaño natural sin haber experimentado el menor daño ni deterioro, quedando listas para ser utilizadas de nuevo.

Gracias a este sistema, las máquinas más grandes podían ser reducidas a una escala miles de veces menor y ser manejadas con toda facilidad, porque al ser "comprimidas" se autoinducían eléctricamente perdiendo peso en la misma proporción que se empequeñecían. Esto había permitido a los expatriados terrícolas desmontar sus gigantescas y costosas instalaciones industriales y almacenarlas en cajas como si se tratara de juguetes, transportándolas con gran economía de espacio a bordo de un solo autoplaneta hasta este lejano Nahum donde "Valera" se enfrentaba impotente contra las poderosas fuerzas del Imperio Milenario nahumita.

Cuando los Aznar llegaron al desierto, un equipo de televisión estaba tomando y retransmitiendo para los televisores-receptores de todo "Valera" las escenas de este singular desembarco. Porque aunque la acción material de descargar y amontonar cajas fuera aburrida y poco original, lo interesante de la operación consistía en la importancia de la calidad de este material, el cual iba a permitir a los valeranos tomar revancha del Imperio Milenario de Nahum.

Mientras su padre charlaba con los ingenieros, Miguel Ángel observó con el rabillo del ojo a un grupo de tres hombres jóvenes que habían descendido de un automóvil y daban vueltas por allí como esperando algo.

Lo que estos hombres estaban esperando resultó ser una oportunidad para acercarse al viejo "superalmirante". Cuando esta oportunidad se ofreció, el que parecía dirigir el pequeño grupo se adelantó resueltamente y se presentó:

—Buenas tardes, Almirante. Mi nombre es Amadeo Quesada. ¿Cómo está usted?

El señor Aznar, un poco sorprendido, estrechó la mano que le tendía Quesada y saludó con un ligero movimiento de cabeza a los otros dos hombres.

—¿Acaso es usted hijo o pariente del viejo almirante Quesada? —preguntó el señor Aznar.

—Soy su hijo, señor. ¿Podemos hablar unos instantes con usted?

El almirante indicó con un ademán que podía hablar. Quesada empezó diciendo que se había alegrado enormemente cuando el día anterior vio aparecer en las pantallas de televisión públicas la imagen del almirante, al que todos aquí daban por muerto allá en la lejana Tierra. Quesada, que era comandante de la Armada Sideral Valerana, se encontraba entre los manifestantes y había sido uno de los que animaron a la multitud a disolverse pacíficamente, tal y como el almirante les rogó al final de su alocución.

—Se lo agradezco mucho —dijo el señor Aznar—. Dieron ustedes muestras de poseer gran sentido común al disolverse sin más protestas.

—Almirante —contestó Quesada—. He creído que debía venir a verle porque sospecho que no se da usted completa cuenta del gran significado de este hecho. Sin su intervención, nosotros hubiéramos asaltado ayer el Palacio Residencial a cualquier precio. Estábamos decididos a hacerlo. Si nos detuvimos fue porque usted nos lo pidió así.

—¿Y bien?

—El hecho de que ayer nos detuviéramos no significa en modo alguno que hayamos renunciado a reivindicar nuestros derechos. Usted es un recién llegado a “Valera” e ignora el verdadero estado de cosas. De lo contrario no hubiera incurrido en la ironía de prometer que no se cometerían nuevos abusos de la autoridad. La verdad es que aunque dejaran de cometerse en adelante, la posición del elemento masculino no podría mejorar antes de medio siglo. En cuarenta y siete años de dominio, las señoras han tenido tiempo de sobra para copar todos los caminos que conducen a la jefatura suprema. Míreme a mí. Cuando obligaron a dimitir a mi padre hace cuarenta y siete años, yo acababa de ascender a capitán de fragata. Desde entonces, aunque no he deseado permanecer en el servicio activo ¡sólo he logrado ascender al grado inmediato superior! Y no vaya a creer que mi caso es único. Empezando por las academias militares, donde sólo un hombre por cada diez mujeres es admitido, y terminando en el Almirantazgo, donde puede usted contar con los dedos de las manos los contraalmirantes y vicealmirantes

masculinos, las damas lo dominan y acaparan todo, lo mismo si se trata de la Milicia que de la Administración, la ingeniería, la astronomía o los premios literarios.

El señor Aznar, que había tomado asiento en una roca, levantó sus ojos hasta el acalorado rostro del comandante Quesada.

—Me sorprende usted, amigo. Nunca hubiera sospechado que el movimiento feminista pudiera triunfar como lo ha hecho —aseguró. Y luego, tras una breve pausa, preguntó—: ¿Pero por qué viene usted a contarme todo esto?

—Usted debe haberlo comprendido, Almirante. Esta mascarada ya dura demasiado. Tenemos que terminar con este absurdo matriarcado o todos al fin acabaremos volviéndonos locos. La batalla de ayer demostró hasta qué punto la presunción e ineptitud femenina es capaz de hundirnos en un desastre. No quiero decir que todos los jefes femeninos sean malos, pero más de la mitad debieran estar fregando la cocina en vez de ir por ahí presumiendo de estrellas y entorchados. Por desgracia, esas damas son las que con más tesón se agarran a sus altisonantes cargos. Será necesaria una fuerte sacudida para arrancarlas de sus puestos, y nosotros hemos pensado que nadie tan indicado como usted podría hacerlo mañana mismo. Si usted quisiera acaudillar nuestro movimiento…

—Lo lamento mucho, Comandante —le interrumpió el señor Aznar—. No he venido a dirigir revoluciones, sino a procurar que el Imperio de Nahum abandone su abominable costumbre de procurarse la inmortalidad por el sistema de ir trasladando cerebros de cuerpos viejos a otros cuerpos jóvenes.

—Almirante. Yo creo que nuestro movimiento podría triunfar sin menoscabo de nuestra victoria. Si usted quisiera…

—No quiero, esa es la cuestión —le interrumpió el señor Aznar poniéndose de pie. Y mirando hacia el grupo de ingenieros agregó —: Discúlpeme, Comandante. El profesor Ferrer me hace señas para que vaya… He tenido mucho gusto en conocerles. Buenas tardes, caballeros.

Y con un seco movimiento de cabeza, el anciano "superalmirante" se alejó seguido a corta distancia del general Balmer y su nieto, Miguel Ángel vaciló un momento y cuando se disponía a seguirles fue retenido por el comandante Quesada.

—Perdone, señor… ¿No es usted el almirante Aznar hijo de

nuestro querido “superalmirante”?

—Lo soy, en efecto —contestó el joven.

—Temo que su señor padre haya formado una mala opinión de mí. Yo quisiera hacer constar que si he venido en su busca y le he hablado como lo he hecho no ha sido por cuenta propia, sino expresando el parecer y el deseo del elemento masculino de “Valera”, al cual represento.

—Estoy seguro que papá lo ha entendido así —dijo Miguel Ángel tranquilizando a Quesada con una sonrisa—. Le suplico que no interprete su actitud como un desaire. Mi padre ha vivido mucho, se siente cansado y no desea en modo alguno verse mezclado en revueltas y conspiraciones. Además; tengan en cuenta que hizo firme promesa de no volver a ocuparse de los asuntos públicos.

Amadeo Quesada se quedó mirando a Miguel Ángel con los párpados entornados en actitud pensativa.

—Pero usted es joven —apuntó—. Probablemente tiene aspiraciones y no hizo ninguna promesa de mantenerse apartado de los asuntos públicos.

—Es cierto —respondió Miguel Ángel con una sonrisa—. Soy tan ambicioso como cualquier hijo de la familia, y nunca hice promesa de no ocuparme de los asuntos públicos.

Los ojos de Quesada brillaron con súbita animación.

—Me parece que usted y yo vamos a entendernos con facilidad —aseguró—. ¿Le gustaría ser promovido a Almirante Mayor?

—¡Cielos, sí! —exclamó Miguel Ángel riendo.

—Usted ha escuchado todo lo que le he dicho a su padre. ¿Quiere ocupar el puesto que él rechaza y acaudillar nuestro movimiento?

—¡Cielos, no! —exclamó el joven sin dejar de reír.

Quesada le miró arrugando el ceño.

—No le comprendo —murmuró.

Y Miguel Ángel contestó.

—Hay una última razón por la cual mi padre jamás admitiría la jefatura de ese movimiento. Y es que cualquier movimiento que vaya dirigido contra el Mando legalmente instituido se convierte automáticamente en motín. Yo no deseo convertirme en rebelde, señor Quesada, Es lógico que haya soñado alguna vez en llegar a

Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias valeranas, porque todos los jefes que mandaron este autoplaneta fueron antepasados míos. Y no desespero de llegar a serlo algún día, aunque jamás lo intentaré por otro camino que no sea el legal y estrictamente honrado.

—Temo que vaya usted a cansarse de esperar si confía en llegar a Almirante Mayor por ese conducto —dijo Quesada, malhumorado.

—¿Por qué es usted tan pesimista, Comandante? —preguntó Miguel Ángel sonriendo.

Y Quesada contestó:

—También usted se sentirá pesimista cuando se cerciore por sí mismo de la solidez de la posición feminista. Y quizá entonces cambie de opinión. Si esto llegara a ocurrir algún día…

—Iré a buscarle personalmente, de acuerdo —concluyó Miguel Ángel tendiéndole la diestra—. Buenas tardes, caballeros. Ha sido un verdadero placer llegar a conocerles.

Los tres hombres le estrecharon la mano, contritos y defraudados. Miguel Ángel fue a reunirse con su padre, el cual le preguntó qué había estado hablando con Quesada.

—Simplemente me propusieron reemplazarte en el caudillaje que tú habías rechazado —contestó el joven.

—Supongo que rechazarías su proposición.

—Así lo hice —contestó Miguel Ángel. Y no se habló más del asunto.

Poco después se encaminaban hacia la aerofalúa y embarcándose en ella remontaban el vuelo emprendiendo el regreso a Nuevo Madrid.

Ya en la capital y en Palacio, al salir del ascensor, Miguel Ángel Aznar cedió al impulso que le había estado torturando toda la tarde y tomando el pasillo que la noche anterior recorrió a la carrera, fue a preguntar por el estado de salud de la Almirante Mayor.

Contrariamente a lo que esperaba no encontró a nadie en el corredor ni dentro, en el vestíbulo. Solamente a una mujer médico y un par de ordenanzas igualmente femeninos.

—Su Excelencia se encuentra muy bien —aseguró la doctora contestando a la pregunta de Miguel Ángel—. Ha reparado fuerzas en un sueño de varias horas y ahora parece más animada.

—¿Podría pasar a verla?

La doctora vaciló y luego entró en la alcoba de la Almirante Mayor. Al reaparecer breves instantes después hizo una seña afirmativa a Miguel Ángel y le recomendó en voz baja:

—Sólo cinco minutos, ¿comprende?

El terrícola entró en una habitación grande, cómoda, sobriamente decorada con aquel gusto un poco monacal y otro poco bárbaro que solía presidir las edificaciones más antiguas de “Valera”. Al fondo, en una enorme cama, su Excelencia la Almirante Mayor le sonreía débilmente haciéndole señas para que se acercara.

—¿Cómo se encuentra usted, Excelencia? —preguntó Miguel Ángel inclinándose ligeramente hacia ella.

—No sea tan ceremonioso —contestó la joven un poco bruscamente—. Ayer me llamaba usted simplemente señorita Polaris, y creo que incluso hubo un momento en que me llamó Irene a secas.

Miguel Ángel enrojeció. Ella le miró fijamente.

—Me han dicho que fue usted quien gritó en el momento que yo disparaba. Su grito me sobresaltó haciendo que desviara la bala. Usted me salvó la vida.

—No sabe usted cuánto celebro que se haya salvado —dijo él—. Si llega a morir me habría sentido responsable de su muerte. Le hablé con rudeza, allá arriba en la azotea, precisamente en un momento en que usted necesitaba de la compresión y el consuelo de los demás.

Ella apartó sus ojos avergonzados.

—Estaba desesperada —murmuró—. No sé qué demonio de orgullo se apoderó de mí al pensar que tenía que dimitir mi cargo y verme condenada para el resto de mi vida a ocultar mi nombre y mi personalidad como una ladrona o una asesina… Me dije que no podría soportarlo y… ¡Oh, Dios mío! —gimió la mujer. Y volviendo el rostro hacia el otro lado se echó a llorar.

El terrícola, sintiéndose incómodo, se dispuso a abandonar la alcoba en silencio.

—Espere, no se vaya usted —le llamó ella. Y se enjugó las lágrimas en el embozo de la sábana.

Miguel Ángel regresó junto al lecho. Ella le señaló una silla.

—Siéntese usted, no se vaya todavía. Creo que es la única persona verdaderamente amiga que me queda en estos momentos.

Muchos han preguntado hoy por mi estado de salud, pero nadie deseaba que me curara sino todo lo contrario.

—No debe usted decir eso, Irene —protestó Miguel Ángel. Y volvió a enrojecer al darse cuenta que la llamaba por su nombre.

Ella le agradeció esta muestra de confianza con los ojos y prosiguió:

—Mis compañeras del Estado Mayor General han estado rondando por aquí todo el día, esperando con impaciencia que yo me encontrara en condiciones de poder firmar mi dimisión. Tienen prisa… prisa de echarme de aquí para reemplazarme inmediatamente ¿comprende?

—¿Ha firmado usted su dimisión?

—Todavía no.

—¿Pero la firmará?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Usted mismo lo dijo anoche. Si el almirante Quesada y su Estado Mayor fueron obligados a dimitir por haber perdido la primera batalla contra el Imperio de Nahum, ni yo ni mi Estado Mayor somos dignas de gozar de mejor suerte.

—Pero el Estado Mayor General no ha dimitido, señorita Polaris. Y no creo que piense hacerlo a pesar de ser tan responsable o más que usted del desastre de la batalla de ayer. ¿Sabe lo que le digo? No debe usted dimitir ahora.

Irene Polaris dilató sus bellas pupilas con expresión de asombro.

—¿Usted me dice eso después de…?

—Olvide lo que le dije anoche, Irene. Su dimisión, en estos momentos, no favorecería a nadie excepto a esas ambiciosas damas que esperan a sustituirle en el mando supremo. El Estado Mayor seguiría siendo tan ineficiente como hasta ahora, y continuarían las torpes irregularidades y los abusos de autoridad que usted prometió zanjar. La fracción masculina de “Valera” nos invitó esta tarde, primero a mi padre y luego a mí, a ponernos al frente del movimiento que aspira a expulsar a las señoras de los altos cargos de las Fuerzas Armadas. Si esa masa de descontentos no asaltó ayer este Palacio fue porque mi padre les prometió que las cosas se arreglarían de ahora en adelante. Si esos hombres le vieran a usted destituida y al Estado Mayor en pie y siguiendo cometiendo abusos, ni siquiera mi padre podría contenerles ni evitar que estallara el más sangriento motín de la historia de este autoplaneta.

—Y usted… ¿cree que yo puedo hacer algo para evitarlo? —balbuceó Irene Polaris, ausente la mirada.

—Usted, como Almirante Mayor del autoplaneta, está facultada para ordenar destituciones y nombrar nuevos almirantes y generales. Expulse a las señoras más indeseables del Estado Mayor y nombre en su lugar a generales y almirantes masculinos. Ése sería un paso decisivo para devolver la tranquilidad y el orden a la nación.

—El elemento masculino creería entonces que intentaba congraciarme con él sólo por mantenerme en el cargo de Almirante Mayor.

—Nadie puede impedir que el elemento masculino piense lo que quiera. Usted demostrará más tarde la rectitud de su proceder presentando la dimisión. Pero no la presentará hasta que se hayan corregido todos los errores y el Imperio de Nahum haya sido derrotado… y puede que entonces el Estado Mayor no quiera aceptar esa dimisión.

—¡Oh, querrá! —aseguró Irene—. Y no crea que me vaya a importar mucho. Por mi gusto renunciaría ahora mismo.

—No debe hacerlo. Su nombre sería execrado. Hágalo más tarde y la historia le recordará como una mujer que habiendo comenzado cometiendo errores terminó por corregirlos y conducir a su ejército a la victoria.

Irene Polaris clavó en el aniñado rostro del terrícola una mirada penetrante.

—Las señoras del Alto Estado Mayor vendrán a sacarme los ojos con sus uñas cuando se enteren —murmuró—. Pero voy a hacerlo. La batalla de ayer dejó algunos huecos en el Estado Mayor y podemos cubrirlos con almirantes masculinos. Vaya a aquella mesa y traiga papel y pluma. Le dictaré la lista de los nuevos nombramientos.

Miguel Ángel lo hizo como se le indicaba.

—Escriba su propio nombre a la cabeza de la lista —le ordenó la Almirante Mayor.

El terrícola vaciló, levantó la cabeza y miró a Irene Polaris.

—¿Qué ocurre? —preguntó ésta.

—Nada… nada —murmuró el terrícola. Y escribió su nombre.

—Escriba a continuación el nombre de su tío, don José Luis

Balmer. Y luego los nombres de los Almirantes que hayan venido con ustedes.

Miguel Ángel escribió: “General don José Luis Balmer. Almirante, Demetrio Mendizábal. Vicealmirante, Jesús Martindale. Contraalmirante, Abel Wantrous”.

CAPÍTULO VI

HABÍA pasado un mes, y todavía no comprendía Miguel Ángel cómo las indignadas señoras del Alto Estado Mayor no tomaron por asalto las habitaciones de Irene Polaris para asesinarla en el mismo lecho donde convalecía de su fracasado suicidio, la noche del célebre cambio de mandos.

Recordándolo ahora, Miguel Ángel se sonreía satisfecho de su hábil maniobra diplomática. Y no porque ésta no entrañara riesgo, pues bien poco había faltado para que la almirante Rolan, presunta sucesora de Irene Polaris, no arremetiera con sus fuerzas contra el Palacio Residencial para tomar por la violencia el mando que se le escapaba de las manos.

Todavía hoy, al cabo de un mes, la posición de la legítima Comandante en Jefe era insegura y sumamente peligrosa. Amadeo Quesada, que ascendido a contraalmirante, figuraba ahora en el Estado Mayor General, tuvo razón cuando aseguró que no iba a ser cosa fácil apear a las damas de los altos puestos a donde se habían encaramado cuando la benevolencia y tolerancia de la Almirante Mayor quitaba obstáculos del camino de las mujeres para ponerlos delante de los hombres.

No era cuestión de un día, ni siquiera de un año, restablecer el orden de las cosas al justo plano de igualdad que los varones exigían.

Pero algo se había hecho al introducir en el seno del Estado Mayor General una minoría masculina con bastante fuerza coercitiva para asegurar la imparcialidad en la distribución de los cargos, de aquí en adelante.

Por lo pronto, el desastre sufrido por la Armada con sus cuantiosas pérdidas en tripulaciones y buques, exigía la creación de una nueva y más poderosa Flota que emplearía a multitudes de nuevos astronautas.

Para nutrir a esta moderna escuadra, con vistas a la campaña contra los “sadritas” que seguiría a la destrucción del Imperio de Nahum, las academias astronáuticas habían abierto sus puertas de par en par a centenares de miles de entusiastas cadetes en donde los hombres formaban la inmensa mayoría. Con el tiempo, pues, la Armada volvería a ser un Arma genuinamente masculina y estaría una vez más en condiciones de ejercer su supremacía sobre el Ejército y la Administración.

Hoy, al cumplirse el mes de la derrota de la Armada Expedicionaria Terrícola, “Valera” vibraba en ardor bélico que se manifestaba en todos los aspectos de la vida. Este mismo día, la gigantesca fábrica surgida del desierto empezaba a producir sus primeros proyectores de “luz sólida”.

Simultáneamente y en diversos puntos de aquel mundo-concha, las grandes instalaciones fabriles estaban fabricando en serie un nuevo modelo de buque de combate sideral especialmente diseñado para montar gran número de proyectores de “luz sólida”.

Las enormes fábricas de torpedos “robot” estaban siendo a su vez transformadas para producir en gran serie aparatos “Omega” de propulsión lumínica, los cuales podían alcanzar en pocos minutos velocidades fantásticas.

Como la rápida aceleración de estos aparatos y su agilidad de maniobra no permitía la presencia a bordo de tripulaciones humanas, los “Omegas” irían conducidos por hombres “robot” y se controlarían por radio desde grandes distancias. Estos pequeños aparatos, en cuya fabricación se empleaban muchos de los elementos utilizados para la construcción de torpedos, estaban llamados a sustituir a los clásicos proyectiles de cabeza de combate atómica que, perfeccionados durante siglos, habían sido el arma ofensiva por excelencia desde que el hombre se lanzó al espacio y libró en el espacio su primera batalla sideral.

No se construirían más torpedos en adelante. Enjambres de meteóricos aparatos “Omega” formarían en el futuro las fuerzas de ataque de la Armada Sideral. Marchando en vanguardia, mandadas por control remoto desde los cruceros, estas pequeñas aeronaves barrerían el espacio con sus haces de rayos “sólidos” y destruirían las nubes de torpedos nahumitas para caer con furia vengadora sobre el grueso de la Armada Imperial.

Miguel Ángel Aznar, que había escrito un libro sobre la nueva táctica revolucionaria del uso de la “luz sólida”, sólo esperaba a que la industria produjera los primeros millares de aparatos “Omega” para salir con ellos al espacio y experimentar sus teorías sobre el terreno.

Mientras tanto estaba muy ocupado en múltiples tareas, tales como formar e instruir a los nuevos cuadros de oficiales en las innovaciones de la moderna táctica, dar conferencias técnicas en las academias de la Armada y procurar que los dos bandos enemigos de hombres y mujeres no se acaloraran discutiendo hasta el punto de llegar a las manos.

Cuando en medio de sus ocupaciones disponía de unas horas libres, Miguel Ángel se iba con su sobrino a dar una vuelta en aerofalúa por los parajes de “Valera” más célebres por su poético encanto o su significado histórico.

Por las noches iba a visitar a Irene Polaris en sus habitaciones y, a veces solos, a veces acompañados, hablaban y discutían sobre mil cosas diferentes o asistían a una obra de teatro por televisión.

Miguel Ángel Aznar llegó así a conocer y estimar a Irene Polaris, y ella, a su vez, le rindió el culto de su admiración a medida que progresaba su amistad mutua y el terrícola le abría la espita de sus confidencias. Antes de una semana, Irene se había enamorado de Miguel Ángel Aznar.

El primer síntoma de este repentino amor revistió el carácter de un acceso de celos cuando el terrícola le confesó que había tenido dos novias; una allá en la Tierra, y otra en el planeta “Exilo” del sistema planetario Thorbod.

—¿Las quiso usted mucho? —preguntó Irene sintiendo que el diablo de los celos bailaba una zarabanda en su corazón.

—No tanto como ellas a mí, si he de ser sincero —suspiró Miguel Ángel—. La mujer que más he querido fue precisamente una que no correspondió a mi amor.

—¿Quién era?

—Una profesora de bioquímica. Murió en circunstancias trágicas en el planetillo “Oberón”, el satélite de Urano.

Pocos días después de esta conversación, Irene Polaris se encontraba completamente restablecida y en condiciones de volver a ocuparse de los asuntos inherentes a su cargo. Miguel Ángel la

acompañó en muchos de sus viajes a las lejanas factorías donde se trabajaba activamente en la fabricación de cruceros siderales, proyectores de "luz sólida" y aparatos "Omega".

Irene Polaris se había convertido de la noche a la mañana en un personaje muy impopular. Los hombres la detestaban porque no podían olvidar que era la sucesora y continuadora de todos los abusos que en nombre de la superioridad intelectual femenina inició la almirante doña Irene Dumont. Las mujeres abominaban de ella por considerarla una traidora a su sexo y al régimen matriarcal instaurado por su madre. Y, todos a una, la despreciaban por no haber dimitido su cargo después de haber perdido la batalla contra el Imperio de Nahum.

Por estos motivos y porque no ignoraba la mala voluntad de cuantos le rodeaban, Irene Polaris sufría frecuentes accesos de depresión en los que aseguraba que iba a echarlo todo a rodar y renunciar al mando. Miguel Ángel Aznar, entonces, se veía en grandes apuros para apaciguarla y animarla a seguir.

Él ignoraba que si Irene continuaba en el mando y no había ido a ocultarse en el más apartado rincón de "Valera", lo hacía única y solamente porque estaba enamorada de él y deseaba que le sucediera en el cargo de Almirante Mayor.

"Valera", mientras tanto, permanecía inmóvil en el espacio a la vista de los planetas nahumitas, desafiando a la vez las leyes de la mecánica universal y los enemigos que desde el fondo de las atmósferas de sus mundos le veían brillando en el cielo como una rutilante y a la vez poco tranquilizadora estrella.

Los valeranos, dedicados a la afanosa tarea de aprontar fuerzas, no se daban cuenta de aquello. Pero la verdad era que "Valera", con su sola presencia en el cielo de Nahum, ponía nerviosos e inquietos a los almirantes nahumitas, los cuales esperaban que se marcharía después de la derrota infligida a su Flota Sideral, como se había marchado cuarenta y siete años atrás, después de la primera batalla.

Miguel Ángel Aznar, que tenía en cuenta los factores psicológicos lo mismo que los tácticos, creía que los nahumitas empezaban a preguntarse si no estarían equivocados y todavía les quedarían a los aborrecidos cristianos bastantes buques siderales para confiar en la victoria.

Que los Almirantes nahumitas se sentían inseguros, se puso en

manifiesto al cumplirse el mes de la llegada de Miguel Ángel. La Imperial Armada de Nahum apareció inopinadamente en el horizonte y se lanzó a un furioso ataque contra el autoplaneta “Valera”.

El ataque, aunque inesperado, no pilló de sorpresa a los defensores de “Valera”. Ondulantes enjambres de torpedos se elevaron de la polvorienta superficie del planetillo saliendo al encuentro de las densas nubes de proyectiles nahumitas que venían en dirección contraria. Ni los torpedos nahumitas llegaron a la corteza del autoplaneta, ni los proyectiles de “Valera” alcanzaron a los escurridizos buques nahumitas.

Sin embargo, la batalla continuó hora tras hora, consumiendo fantásticas cantidades de torpedos en la descomunal hoguera atómica alimentada por los dos bandos rivales. ¿Qué pretendían los nahumitas con semejante derroche de torpedos?

—Quieren obligarnos a consumir todas nuestras reservas de torpedos —aseguró Miguel Ángel—. Saben que si gastamos nuestra munición nos veremos obligados a marcharnos… y hacen la prueba. Confían en tener muchos más torpedos que nosotros. Y seguramente no van descaminados.

En efecto, las reservas de los arsenales valeranos disminuían con alarmante rapidez a medida que los trenes sacaban de ellos carga tras carga de torpedos, que los montacargas automáticos se encargaban de transportar hasta las baterías lanza-cohetes de superficie.

Los autoplanetas, a su vez, iban y venían desde sus Bases a las inmediaciones de “Valera”, donde estaba operando el grueso de la Armada Imperial.

—No tardarán mucho en cansarse —auguró una señora almirante.

Pero se equivocaba. Los nahumitas habían tomado en serio la cosa y parecían dispuestos a continuar la batalla mientras les quedaran torpedos en sus arsenales.

Teniendo en cuenta que los nahumitas habían tenido más de dos mil años de tiempo para acumular torpedos, no era aventurado suponer que al fin lograrían agotar las reservas de “Valera”, las cuales correspondían a un siglo de gran producción.

—Bueno —dijo Miguel Ángel—. Démosles la satisfacción de

creer que estamos vencidos. Nos retiraremos a ocho o nueve mil millones de kilómetros. A esa distancia no podrán continuar acosándonos.

Y así fue como el autoplaneta “Valera” puso en marcha sus gigantescos reactores atómicos y, lentamente al principio, con mayor rapidez a medida que vencía las fuerzas de inercia, se alejó del sol nahumita para adentrarse en las frías y oscuras soledades del espacio.

Una división sideral formada por un centenar de miles de acorazados nahumitas siguió a “Valera” desde prudencial distancia.

A una distancia de ocho mil millones de kilómetros del astro nahumita, “Valera” empezó a virar suavemente. Ya no se alejaba. Ahora empezaba a dar vueltas al lejano sol, como un planeta más de los de su cortejo.

Para los nahumitas, éste fue el primer indicio de que los tenaces cristianos no estaban dispuestos a abandonar sus absurdas esperanzas de aniquilar al Imperio Milenario. A ocho mil millones de kilómetros, el autoplaneta estaba demasiado lejos para poder acosarle con un largo ataque de torpedos. Los trenes de amunicionamiento hubieran invertido de dos semanas a un mes en ir desde sus Bases a las proximidades de “Valera”.

Los nahumitas desistieron pues de hostigar al planetillo cristiano, si bien no dejaron de vigilarle manteniendo cerca de él a una división de acorazados que se relevaba cada quince días.

Pensaban los nahumitas que los cristianos se disponían a esperar otro medio siglo hasta estar de nuevo en condiciones de volver al ataque, y no andaban del todo descaminados en sus suposiciones. Solamente se equivocaban en un punto. Y era que los cristianos no esperarían tanto tiempo.

En efecto, un mes más tarde, Miguel Ángel Aznar estaba listo para salir al espacio al mando de la Primera División Ligera, que era el nombre con que se había bautizado al conjunto de la escuadra formada por diez mil cruceros siderales reformados y cien mil aparatos “Omega” que iban dirigidos por control remoto, correspondiendo un centenar de estas pequeñas unidades a cada crucero.

La designación de Miguel Ángel para el mando de esta división fue muy discutida por el Alto Estado Mayor, y si finalmente se le

concedió fue porque las señoras confiaban en forzar la voluntad de Irene Polaris e inducirla a firmar su dimisión mientras Miguel Ángel estaba ausente.

En el seno del Estado Mayor General, el único que en apariencia no se daba cuenta del enamoramiento de Irene, era el propio Miguel Ángel.

Cuando la Primera División Sideral Ligera desfilaba sobre Nuevo Madrid cubriendo el cielo como una nube, el almirante Aznar se encontraba en la azotea del Palacio Residencial despidiéndose de familiares y amigos junto a la portezuela abierta de la aerofalúa que le esperaba para transportarle al buque almirante.

—No alargue mucho su ausencia, Miguel Ángel —le dijo Irene Polaris al estrecharle la mano—. En realidad no comprendo su empeño en mandar personalmente esta escuadra.

—Me urge demostrar a los nahumitas cuán equivocados están si creen que nos han vencido… y creo que nadie sabría sacar tanto partido como yo a la gran movilidad de esta fuerza. Al fin y al cabo, yo ideé la nueva táctica y es a mí a quien corresponde probarla —dijo Miguel Ángel.

—No tarde mucho en volver, de todas formas —insistió la Almirante Mayor—. Me voy a sentir como indefensa ante mis numerosos enemigos, falta de su consejo y su presencia.

Miguel Ángel la miró a los ojos. Ella le sostuvo un momento la mirada. La mano que el terrícola retenía entre las suyas tembló. Irene apartó sus ojos, ruborizándose, y Miguel Ángel descubrió lleno de íntimo regocijo que la atracción que sentía hacia la joven era a su vez correspondida.

—Irene —murmuró.

Pero la presencia de numerosos testigos le impidió manifestarse en sus verdaderos y espontáneos sentimientos.

—No traicione la confianza que todos hemos puesto en usted —agregó. Y le soltó la mano.

Luego abrazó a su padre y a su tío, estrechó la mano de sus colegas y subió a la falúa.

Media hora más tarde, pasaba de la aerofalúa a bordo del crucero sideral que enarbolaba la insignia de su mando. Se encontraba a cincuenta kilómetros de altura sobre la superficie del autoplaneta “Valera” y la Flota se iba reuniendo a su alrededor.

La División Ligera adoptó la formación de convoy y se puso en marcha. Los cruceros volaban en doble columna flanqueados a un lado y otro por el enjambre de veloces navecillas “Omega”. Cada comandante de unidad controlaba de viva voz los movimientos de un centenar de aparatos “Omega”. La escuadra de cruceros, a su vez, se dividía en diez “flotillas” de a mil buques cada una, mandadas por diez almirantes bajo las órdenes directas de Miguel Ángel. Cada “flotilla” se subdividía además en diez “alas” con otros tantos Vicealmirantes al frente de ellas, los cuales dependían de su correspondiente almirante.

Así formada, la Primera División Ligera se alejó rápidamente de su autoplaneta Base y aceleró en dirección a la división sideral nahumita de vigilancia, la cual reunía apresuradamente sus dispersas flotillas para hacer frente al enemigo que le venía encima.

La división nahumita, integrada por cien mil acorazados siderales, estaba equiparada en fuerza al total de la División Ligera cristiana, incluyendo en este total los cien mil aparatos “Omega” que tanta preocupación debían estar causando al Almirante nahumita.

La cuestión estribaba en averiguar si cien mil aparatos “Omega” y diez mil cruceros ligeros eran capaces de poner en fuga a cien mil grandes acorazados, cada uno de los cuales podía lanzar cincuenta mil torpedos autómatas simultáneamente.

La fuerza de ataque de la División Ligera, por su parte, corría a cargo de los “Omega”, cada uno de los cuales montaba cincuenta pequeños proyectores de “luz sólida”; o sea un total de cinco millones de blandientes dardos luminosos que se apuntaban automáticamente por radar.

Para su defensa y ataque, cada crucero montaba a su vez diez juegos de cincuenta faros cada uno, con un total de quinientos proyectores por buque, o cinco millones para todos.

Total: diez millones de rayos luminosos sólidos contra cinco millones de torpedos autómatas, que era la cifra que los acorazados nahumitas podían poner en el aire de una sola vez… y repetir varias veces.

El factor sorpresa estaba de parte de los terrícolas. Los nahumitas, en su primera experiencia con los aparatos “Omega”, no habían obtenido sino datos muy confusos e inexactos. Por ejemplo:

ignoraban que cada rayo luminoso no necesitaba sino caer una fracción de segundo sobre un buque o un torpedo autómata para atravesarlo limpiamente de parte a parte practicándole un agujero de diez centímetros de diámetro.

Las perforaciones que practicaban los proyectores de los cruceros terrícolas eran tres veces mayores; de unos treinta centímetros de diámetro.

La División Imperial Nahumita adoptó la formación de combate y se lanzó contra la División Ligera Terrícola. Esta última pasó rápidamente de la formación de fila a la de línea.

—Ataquen los destructores —ordenó Miguel Ángel por la radio.

Y en los buques, diez Almirantes se volvieron hacia sus ayudantes ordenando a su vez:

—Adelante los "Omega".

Orden que llegando hasta los Vicealmirantes se tradujo en un lacónico y animoso:

—¡Vamos allá!

Los cien mil aparatos "Omega", que ahora volaban en enjambre por delante de la división de cruceros, dieron un prodigioso salto hacia el frente y partieron como exhalaciones hacia la escuadra nahumita. Los nahumitas lanzaron por todos sus tubos. Cada acorazado disparó simultáneamente diez grandes torpedos que apenas salieron de sus tubos estallaron esparciendo cada uno cinco mil diminutos objetos que en seguida empezaron a chisporrotear.

Eran torpedos "reducidos" por el mismo procedimiento científico-industrial de que se habían servido los expatriados terrícolas para encajonar y transportar en muy pequeño espacio toda una gigantesca instalación industrial.

Los torpedos, apenas terminaban su rápida metamorfosis, se ponían a operar por cuenta propia y, dirigidos por "cerebros" electrónicos alojados en la misma máquina, se lanzaron furiosamente al ataque.

En este momento, cinco millones de rayos luminosos brillaron en la proa de los cien mil aparatos "Omega" y salvaron en un segundo los trescientos mil kilómetros que separaban a ambas fuerzas contendientes. Otros cinco millones de dardos amarillos se encendieron también en los diez mil cruceros ligeros terrícolas.

En un segundo, los diez millones de lanzas luminosas recorrieron

trescientos mil kilómetros y aniquilaron de veinticinco a treinta millones de torpedos nahumitas.

Porque estos rayos, después de atravesar a una máquina, no se detenían ni desviaban, sino que seguían en línea recta y atravesaban todo lo que encontraban por delante. Y al pasar a través de la nube de torpedos, cayeron sobre los acorazados nahumitas que estaban detrás y los atravesaron también antes de perderse en las misteriosas profundidades del inmenso vacío espacial.

Los "Omega", blandiendo sus mortíferos rayos como espadas flamígeras, siguieron acelerando y aniquilando torpedos con rapidez vertiginosa. De pronto dieron un prodigioso salto hacia arriba.

El enjambre de torpedos alteró también su rumbo y ascendió para atajar a los "Omega". Por debajo de los "Omega" y los torpedos, los rayos "sólidos" de la División Ligera barrieron el espacio lanzando sus dardos luminosos sobre la División Imperial de acorazados.

Cuando una lanzada luminosa atravesaba de parte a parte o de proa a popa un acorazado, ocurría a veces que éste no estallaba por no haber sido tocado en ninguna parte vital de su complicado organismo interno. Pero cuando el impacto luminoso alcanzaba las pilas atómicas, entonces los buques explotaban en mil fragmentos en medio de un chisporroteante globo de fuego.

En el mejor de los casos, tal explosión no se producía. Pero el buque, casi siempre, quedaba fuera de combate con alguna avería en su intrincado mecanismo.

Pero si no estallaban en seguida, no por ello dejaban de hacerlo más tarde. Los dardos luminosos ametrallaban implacables a los buques nahumitas. Atravesaban las corazas de "dedona", perforaban en línea recta todos los mamparos de los diversos compartimentos, las máquinas, las tuberías, los mismos tripulantes que se interponían en sus tensas trayectorias… y escapaban por el lado opuesto seguidos de la fuerte detonación del aire comprimido que escapaba de las cabinas herméticas.

En el espacio, mientras tanto, los meteóricos "Omega" burlaban al enjambre de torpedos nahumitas picando hacia abajo. Los torpedos no pudieron seguirlas en esta rápida maniobra. Los "Omega" se escabulleron pasando como flechas por debajo de la

nube de torpedos y siguieron avanzado sobre la división de acorazados.

Los “Omega” y los cruceros ligeros terrícolas cambiaron sus objetivos respectivos. Mientras los “Omega” atacaban a los acorazados, los cruceros dirigían sus rayos destructores contra la nube de torpedos aniquilándolos en pleno vuelo.

La división de acorazados largó apresuradamente otra andanada de torpedos…

Demasiado tarde. Los “Omega”, en un salto prodigioso, habían salvado en dos minutos más de la mitad de la distancia que mediaba entre las dos flotas y acribillaban a la escuadra Imperial con sus cinco millones de blandientes rayos.

Los acorazados nahumitas explotaban como bombas atómicas, convirtiéndose en chisporroteantes globos de fuego verde-azulado. Crepitaban, saltaban y desaparecían. Millones de fragmentos volaban en todas direcciones como proyectiles. Todo el espacio estaba cruzado de millones de barras luminosas que se movían y agitaban incesantemente.

Cinco minutos más tarde, la escuadra de acorazados había desaparecido en el fuego de la inmensa hoguera atómica. Los “Omega” viraban en amplio círculo para volver atrás en auxilio de la escuadra de cruceros terrícolas.

La nube ondulante y amenazadora seguía avanzando sobre los buques cristianos. En su avance iban dejando atrás un reguero de máquinas pulverizadas por los rayos de “luz sólida”. La misma formación hervía en un continuo chisporroteo de explosiones nucleares. El enjambre disminuía… disminuía… ¡pero seguía avanzando!

Todos los proyectores de la escuadra funcionaban locamente, furiosamente, girando aquí y allá, fulminando proyectiles enemigos.

La situación parecía algo apuradilla. Sin embargo, el almirante Aznar ordenó a sus Almirantes que dirigieran a la fuerza de “Omegas” contra la segunda andanada de torpedos.

—Ésta podremos contenerla nosotros solos. Es la segunda la que me preocupa, porque en tanto nos ocupamos de ésta no podemos atender a aquella.

Los “Omega”, en un alarde de velocidad y robustez, describieron una curva cuya fuerza centrifuga hubiera bastado para desbaratar a

un acorazado sideral, por no decir el estado en que hubieran quedado sus tripulantes humanos.

Y saliendo de aquel viraje incólumes, acometieron la increíble hazaña de perseguir y alcanzar a la segunda nube de torpedos que ya les llevaba mucha delantera…

Mientras volaban como relámpagos en persecución de torpedos nahumitas, los “Omega” hacían jugar sus mortíferos rayos. Éstos, que desarrollaban igual velocidad de la luz (300.000 kilómetros por segundo), alcanzaron a los proyectiles nahumitas y comenzaron a aniquilarlos con rapidez de vértigo.

La primera andanada continuaba achicándose, dejando tras sí un rastro de máquinas pulverizadas. Indiscutiblemente, cinco millones de torpedos eran muchos millones de torpedos…

Pero cinco millones de proyectores, destellando a razón de diez veces por segundo, mandaban cincuenta millones de proyectiles contra los torpedos nahumitas… ¡cada segundo!

Aunque lo parecía a simple vista, los rayos luminosos no se formaban de una sola barra. Centelleando con parpadeos intermitentes, tan rápidos que la vista no los distinguía, cada proyector emitía un “chorro” de lanzas lumínicas, cada una de las cuales medía alrededor de veinticinco mil kilómetros de longitud. Cada una de estas lanzas era en sí un proyectil… Un proyectil formado por billones y billones de menudos corpúsculos cuya fuerza penetrativa residía en la formidable velocidad de que iban impresos.

Aunque no todos los proyectiles lumínicos acertaban en el blanco, la enorme cantidad de ellos hacía los efectos de una barrera sólida contra la que se iban estrellando los torpedos.

Sólo unos pocos millares de proyectiles “robot” consiguieron llegar hasta los cruceros cristianos. Como una veintena de buques fueron destruidos o averiados. Pero el peligro estaba superado. Los reflectores se volvieron contra la segunda andanada de torpedos, de la cual estaba dando buena cuenta la escuadra de aparatos “Omega”.

Entre los “Omega” y los cruceros aniquilaron la segunda oleada de torpedos nahumitas. Ni uno solo llegó entero hasta los buques siderales cristianos.

Durante un buen rato, los restos de los torpedos aniquilados, que

seguían volando gracias al impulso que llevaban, ametrallaron a la Primera División Ligera como una furiosa perdigonada.

Se registraron numerosas averías en los proyectores expuestos a este ametrallamiento de pequeños proyectiles. Los buques no sufrieron el menor daño.

La telegrafía transmitió un gozoso mensaje al autoplaneta “Valera”: “Nos apuntamos primera victoria. División Imperial Nahumita completamente aniquilada. Seguimos adelante. Firmado: almirante Aznar”.

En “Valera”, la noticia de esta resonante victoria fue recibida con clamores de entusiasmo.

CAPÍTULO VII

TRES meses llevaba operando Miguel Ángel Aznar cuando un radiograma de “Valera”, le obligó a suspender sus correrías para regresar rápidamente al autoplaneta.

Durante este tiempo, atacando por sorpresa allí donde menos era esperado, la Primera División Ligera, había tenido en jaque a toda la Imperial Flota de Nahum y le había destruido o capturado alrededor de doscientos cincuenta mil buques y autoplanetas.

Victorias tan ruidosas y aplastantes como la primera, naturalmente no las había vuelto a tener el almirante Aznar. Los nahumitas, alarmados por la terrible eficacia de la nueva arma de los cristianos, se mostraban ahora más circunspectos en el empleo de sus propias escuadras y las agrupaban en grandes flotas que los terrícolas no se atrevían a atacar.

Eludiendo a las grandes flotas que le buscaban sañudamente para destruirle, Miguel Ángel Aznar dirigió sus ataques preferentemente contra las líneas de comunicaciones interplanetarias del Imperio, donde una y otra vez sorprendió a los grandes autoplanetas de transporte y a las pequeñas fuerzas patrulleras de las cuales llegó a ser el terror. Esporádicamente atacaba también las Bases del Imperio en los lejanos y solitarios satélites y planetillos del sistema de Nahum, donde casi siempre sorprendía al menos a una docena de millares de buques que eran indefectiblemente destruidos.

Así, sumando pequeñas y continuas victorias, la cifra de aeronaves destruidas o capturadas al enemigo crecía semana tras semana. Se trataba de una tarea sumamente entretenida, un poco fatigosa quizá, pero que mantenía en vilo y hacía aumentar el ardor de las tripulaciones, a la vez que levantaba la moral de aquellos que en “Valera” seguían con interés las peripecias de la batalla.

Frecuentemente, para desconcertar al enemigo o atacar en varios

puntos distintos al mismo tiempo, Miguel Ángel dispersaba sus fuerzas en flotillas que operaban por su cuenta, y que luego se reunían en algún lugar del espacio para narrarse sus respectivas experiencias y contabilizar sus victorias.

Esto daba ocasión de lucirse por méritos propios a los almirantes, vicealmirantes, contraalmirantes y demás jefes y oficiales de la División Ligera, los cuales no tardaron en adorar a su joven jefe con pasión rayana en el misticismo.

Y no dejaba de ser curioso que esta admiración y respeto fuera compartido por igual entre hombres y mujeres, que de ambos sexos había en la fuerza.

Posteriormente a la salida de la Primera División Ligera, otras dos escuadras formadas del mismo número y clase de aparatos habían empezado a operar por su cuenta; una, al mes de haber zarpado la primera. Otra, al cumplirse los dos meses.

Finalmente, para cuando la Primera División Ligera rindiera viaje en “Valera”, la Cuarta División estaría lista para salir al espacio o habría salido ya.

En “Valera” se trabajaba a un ritmo endiablado para poner en línea estas fuerzas que a poco tardar tendrían completamente bloqueados a los planetas del Imperio.

Una de las experiencias más notables conseguidas por los terrícolas, consistía en haber descubierto la falta de combatividad y la flagrante cobardía de los nahumitas. Éstos huían como corzos asustados frente a los agresivos buques cristianos y, conminados a rendirse, lo hacían en seguida.

Siglo tras siglo, los nahumitas venían burlando a la muerte valiéndose del repugnante recurso de trasladar los cerebros de sus cuerpos ancianos a otros cuerpos jóvenes, “cultivados” especialmente para ser víctimas de este horrendo crimen. El nahumita se había procurado así una especie de inmortalidad, y la creencia de que podrían “vivir” eternamente les hacía cobardes frente al peligro.

El nahumita moderno se aferraba a su existencia. Luchaba en tanto se sentía seguro de su superioridad, pero a igualdad de fuerzas con el enemigo rehuía el combate. Y al menor atisbo de peligro deponía las armas y se rendía total e incondicionalmente.

Parecía mentira que los terrícolas no hubieran derrotado todavía

a un enemigo tan cobarde.

La razón estribaba en que siendo los nahumitas poco partidarios de arriesgar su preciosa existencia, no habían reparado en medios para procurarse una fuerza mecánica capaz de preservarles. Su Armada era poderosísima, mucho más numerosa de lo que habían sospechado los terrícolas. Y ninguno de los prisioneros que tomó Miguel Ángel fue capaz de calcular, ni siquiera aproximadamente, la cifra de torpedos "robot" de todo tipo que el Imperio había acumulado en dos milenios de ininterrumpida producción.

Estos informes, obtenidos simultáneamente por Miguel Ángel y los comandantes de las otras escuadras que estaban operando, llegaron a "Valera" y fueron como el fulminante que ponía fuego a una carga de dinamita. La facción femenina del Estado Mayor General, que formaba la mayoría, votó por la inmediata liquidación de las operaciones y la partida del autoplaneta con rumbo a los planetas "Redención".

La Almirante Mayor, doña Irene Polaris, alegó que la votación no era legal por cuanto no se encontraban presentes en "Valera" todos los miembros del Alto Estado Mayor.

Entonces, irritadas e impacientes, las señoras proclamaron inepta y enferma a la Almirante Mayor y nombraron en sustitución a la almirante Rolan.

Irene Polaris, echando mano de sus derechos constitucionales, llamó a su lado a los amigos del almirante Aznar y proclamó destituidas a las damas que se habían alzado contra su autoridad. El resultado fue que todo el elemento masculino de "Valera" en peso, y gran número de mujeres que ya estaban cansadas de las excentricidades de aquellas damas todopoderosas, acudieron a la proclama de Irene Polaris y se lanzaron arma en mano contra las fuerzas del Ejército y la Armada.

Por uno de los caprichosos reveses de la política, se daba el caso chocante de que el Ejército y la Armada se habían convertido en rebeldes, mientras que los rebeldes en potencia se investían del carácter de fuerzas leales al Gobierno.

Era como si en un trasatlántico del siglo XX, ocupado por pasajeros y tripulación, la tripulación se hubiera levantado en armas contra el capitán, y los pasajeros hubieran acudido en ayuda del comandante legítimo del buque.

Para todos los efectos, “Valera” se consideraba como un buque más de la Armada Sideral de los Planetas Confederados. Su comandante era a bordo la suprema autoridad, y todos los demás, tanto tripulación como pasajeros, estaban sujetos a las leyes militares que regían a bordo mientras el “orbimotor” se encontraba operando lejos de la Confederación de Planetas.

El radiograma que Miguel Ángel Aznar recibió, y el cual le hizo interrumpir las operaciones para regresar rápidamente a “Valera”, decía sobre poco más o menos:

“Fuerzas Armadas alzadas en rebeldía contra Comandante en Jefe Autoplaneta. He firmado destitución jefes desafectos y llamado a las armas a los leales. Situación confusa. Ordeno su inmediato regreso a la base. Firmado, Irene Polaris, Comandante en Jefe Fuerzas Armadas Expedicionarias Terrícolas”.

Aunque iba a invertir toda una semana en regresar a “Valera” por la ruta más corta y a toda velocidad, Miguel Ángel no dudó un instante y canceló todas las operaciones proyectadas. Le intranquilizaban los sucesos de “Valera”. Imaginaba a hombres y mujeres acometiéndose con todo el odio concentrado a lo largo de cuarenta y siete años de opresión feminista y casi veía con la imaginación las calles de Nuevo Madrid convertidas en ríos de sangre.

La realidad fue que la cosa no llegó a tanto. Las tropas del Ejército y la Armada acogieron con evidente disgusto la orden de sus jefes y se mostraron remisas a ejecutarlas. El núcleo femenino de aquellas tropas empezaba a cansarse del matriarcado, considerando que éste sólo les iba bien a encopetadas señoras almirantes y generales que obtenían de él honores y otros privilegios materiales. Para el oficial modesto y el soldado raso, que eran la mayoría al fin, el matriarcado no representaba ninguna ventaja sobre el régimen político anterior, sino todo lo contrario.

Las mujeres se daban cuenta que, de una forma o de otra, ellas habían ejercido siempre una influencia enorme sobre los hombres. Sin estridencias, suave y dulcemente, ellas habían seducido al hombre, le habían tenido esclavo de sus encantos y habían hecho su santa voluntad lo mismo en los tiempos modernos que en los orígenes del mundo…

La mujer sencilla, en fin, comprendía que su imperio había sido

infinitamente más agradable cuando en vez de imponerse por la fuerza bruta se valía de su instintiva astucia para dominar al hombre tolerante y un poco ingenuo que, encima de consentir con todo, se creía ¡el pobre! el amo y señor del mundo que le rodeaba.

Y como desde hacía cuarenta y siete años la mujer se sentía fuera de su órbita, sin tener sobre quien ejercer su dulce y amorosa tiranía, ella misma derribó la barrera que se interponía entre ella y su felicidad corriendo a unirse con los hombres que ¿cómo no? la acogieron jubilosos y sin resabios.

Al cabo de dos días, el almirante Aznar recibió un radiograma cifrado que decía así:

“Situación dominada. Fuerzas leales proceden restablecer orden. Le aguardo impaciente. Irene”.

El radiograma, en su contenido y lenguaje, era tan distinto del primero que sumió a Miguel Ángel en un mar de confusiones. En el primero, la Almirante Mayor ordenaba con imperio. En el último, la mujer le reclamaba con cariño.

Aunque su presencia ya no era indispensable en “Valera”, Miguel Ángel prosiguió su vuelo en dirección al autoplaneta. Veinticuatro horas más tarde recibió un nuevo radiograma:

“Lamento comunicarle desaparición almirante Aznar. Abandonó Orbimotor “Valera” tripulando buque apresado al enemigo. Completamente solo. Ignoramos paradero. Firmado: Irene Polaris”.

El papel donde el mensaje aparecía escrito escapó de las manos de Miguel Ángel. Amadeo Quesada lo recogió y miró a la demudada faz de su superior y amigo.

—¿Qué ocurre, Almirante?

—¡Dios mío! —exclamó Miguel Ángel—. ¡Ese hombre se ha vuelto loco!

Indicó a Quesada con una seña que podía leer el radiograma. El contraalmirante lo leyó, y sus ojos expresaron el más profundo estupor.

—¡Pobre viejo! —murmuró—. ¿Qué mosca le habrá picado? ¿A dónde pudo ir completamente solo tripulando un acorazado nahumita?

El terrícola se dejó caer desalentado en un sillón de la cámara de derrota del buque almirante. Cuando habló lo hizo en un murmullo apenas audible, levantando la voz a medida que se excitaba.

Su padre, dijo, se dirigía con toda seguridad a alguno de los planetas nahumitas. Dos años atrás, cuando recién acabados de llegar al planeta “Exilo” se encontraron con los nahumitas, él había cogido a un prisionero de esta raza y le interrogó.

—El nahumita me confesó con la mayor desvergüenza que habían ido hasta los viejos planetas de la Bestia Gris para apresar a hombres y mujeres jóvenes y llevarlos a Nahum, donde servirían para dar morada a los cerebros de los ancianos próceres nahumitas. Ésa fue la primera noticia que tuvimos de que los nahumitas practicaban el inhumano trasplante de sus cerebros viejos a otros cuerpos jóvenes y robustos. Y también supimos algo más —añadió el terrícola con abatimiento—. Supimos que la actual Emperatriz de Nahum era… mi hermana.

Miguel Ángel hizo una pausa para recobrar el aliento. Luego explicó a Quesada y a sus oficiales que su padre, el “superalmirante”, se había casado con la Princesa Ambar de Nahum, la hija del Emperador a quien los terrícolas acababan de derrotar en aquel primer viaje de “Valera” al sistema planetario de Nahum.

El matrimonio del caudillo terrícola con la princesa nahumita resultó un fracaso. Después de un año, cuando el Orbimotor “Valera” acababa de llegar a los planetas Thorbod, surgió una desavenencia entre el joven matrimonio. El “superalmirante” puso a su ilustre esposa a bordo de un buque sideral y la dejó en libertad de regresar a su patria.

Ambar regresó a Nahum, ocultando a su esposo que iba a tener un hijo.

En realidad fue una hija lo que tuvo la princesa de Nahum. Cuando madre e hija llegaron a Nahum, Ambar procedió a restaurar el Imperio de su padre. Cuando Miguel Ángel Aznar regresó a Nahum años después, obligado por circunstancias imprevistas, se encontró con que el Imperio había resucitado tan pujante y odioso como antes.

—Mi padre —prosiguió diciendo Miguel Ángel— luchó contra su esposa y derrotó por segunda vez al Imperio de Nahum. La Emperatriz resistió hasta el final y se suicidó cuando ya no podía evitar la derrota de su Imperio. Antes, no obstante, se había ocupado de la fuga de su hijita, a la cual acompañaban un reducido

grupo de nobles y preceptores. Mi padre ignoró siempre que tenía una hija en Nahum. Partió hacia la Tierra después de apaciguar estos mundos, y no ha sido sino hace dos años cuando se enteró que la Emperatriz del Imperio Milenario era la hija de la Princesa Ambar. Esta Ambar de Nahum, ha sobrevivido a los dos mil quinientos años transcurridos verificando el cambio de su cerebro de un cuerpo a otro a medida que éstos envejecían. Si mi padre ha ido a alguna parte, ha sido sin duda a entrevistarse con su hija… quizá a echarle en cara su impiedad y su maldad… o a tratar de despertar en ella algún sentimiento de piedad y de justicia para que la nación nahumita renuncie a esa abominable costumbre de sacrificar a unos seres para que otros puedan disfrutar de una artificiosa inmortalidad.

—Comprendo lo que el pobre viejo habrá sufrido —murmuró el contraalmirante Quesada—. En “Valera” todos conocíamos esa triste historia, pero nos hubiéramos dejado matar antes que afligir a nuestro “superalmirante” con la noticia que tenía aquí una hija tan malvada.

—¿Ustedes lo sabían? —preguntó Miguel Ángel estupefacto.

—Hace cuarenta y siete años, apenas llegamos a estos planetas y cogimos al primer prisionero nahumita. Lo que todos nos figurábamos en “Valera”, era que usted y su padre lo ignoraban.

El terrícola asintió en silencio. Ahora comprendía hasta qué punto su padre era querido entre los valeranos. Noventa millones de almas sabían en “Valera” que la Emperatriz de Nahum era la hija de don Miguel Ángel Aznar… ¡Y nadie hizo la menor insinuación que pudiera entristecer y avergonzar al viejo “superalmirante”!

—Su padre nunca debió intentar esa locura —prosiguió Quesada—. Ya es duro para un cristiano saber que ha dado la vida a un cerebro tan diabólicamente malvado como el de Ambar de Nahum. Sin embargo, ¿qué puede quedar en esa mujer de la primitiva hija de don Miguel Ángel, después de haber cambiado su cerebro de un cuerpo a otro más de una docena de veces?

—No lo sé —contestó Miguel Ángel—. Ignoro qué puede quedar en esa mujer del espíritu que animaba su primera persona. Pero, indiscutiblemente su cerebro es el mismo después de dos mil años de haber nacido a la vida. Más cruel, más refinadamente malvado… pero el mismo en sustancia.

Amadeo Quesada hizo un gesto que implicaba serias dudas. De hecho, estas mismas dudas habían torturado al viejo almirante Aznar día tras día por espacio de más de dos años. Y finalmente, el viejo había optado por ir a entrevistarse personalmente con su hija. ¿Le permitirían volver?

—No volverá —murmuró Miguel Ángel contestando a su propia pregunta—. Si Ambar le permitiera regresar con vida daría muestras de poseer algún sentido de humanidad. En ella no puede quedar ningún sentimiento filial hacia mi padre…

Pero aunque lo decía de esta forma, Miguel Ángel se asía a la secreta esperanza de haberse equivocado. Quizá toda la maldad de la Emperatriz no pudiera manifestarse en ella al considerar que aquel hombre era su padre. ¿Quién podría saberlo?

Y Miguel Ángel, entristecido, siguió hacia “Valera”. Todo intento de encontrar al “superalmirante” hubiera sido vano. El señor Aznar les llevaba mucha ventaja y una aeronave, aun tratándose de un acorazado sideral, era menos que un grano de sal diluido en la vastedad de un océano si se le comparaba con la aterradora inmensidad del vacío interestelar.

Día tras día, en todos los que transcurrieron hasta llegar a “Valera”, Miguel Ángel esperó inútilmente recibir algún radiograma donde se le dijera que su padre había sido encontrado o había regresado por su propia voluntad…

Pero la escuadra llegó a un punto desde el cual ya eran posibles las comunicaciones directas por televisión. Miguel Ángel habló con su familia y supo que el Almirante no había regresado.

Finalmente, la Primera División Ligera alcanzó la superficie de “Valera”. El Comandante de la escuadra y sus ayudantes se acomodaron en una aerofalúa y se trasladaron al interior hueco del planetillo.

Cuando la navecilla sobrevolaba la monumental Plaza de España, los astronautas advirtieron que la plaza estaba llena de público que daba vítores y tremolaba en el aire un mar de pañuelos.

—¿Qué dicen? —preguntó Miguel Ángel.

—Gritan: “¡Viva el Superalmirante!” —le contestó Quesada. Y sonrió con aires de complicidad a sus compañeros.

Miguel Ángel ni siquiera advirtió esta sonrisa. Seguía preocupado por la desaparición de su padre. Esta preocupación y el

temor a enfrentarse con su desconsolada madre se mezclaba extrañamente con una irreprimible ansiedad por ver a Irene Polaris. Había pensado mucho en ella durante estas semanas…

En la azotea del Palacio Residencial aguardaba a Miguel Ángel un nutrido grupo de personas. Cuando aterrizaban, Miguel Ángel pudo observar que casi todos vestían uniforme de gran gala.

—El Estado Mayor General en peso ha salido a recibirnos —señaló un almirante de la Primera Ligera.

La falúa se posó en la terraza y todo el grupo avanzó en pos de Irene Polaris. La propia Almirante Mayor tiró de la portezuela del aparato. Sus grandes y bellos ojos sonrieron.

—Bienvenido al autoplaneta de su mando, almirante Aznar —saludó ella ofreciéndole la mano.

Miguel Ángel se la retuvo mientras saltaba a tierra y miraba sorprendido al grupo de almirantes y generales, los cuales se habían puesto a aplaudir.

—Bueno, bueno —murmuró el joven almirante sonrojándose—. ¿A qué viene todo esto, vamos a ver? Después de todo…

—El Alto Estado Mayor —le interrumpió Irene con pupilas relampagueantes— le ha nombrado a usted por unanimidad Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas.

CAPÍTULO VIII

LA misma noche de su llegada, después de comer con su familia, Miguel Ángel Aznar salió al pasillo con ánimos de recorrerlo hasta las habitaciones que ocupaba Irene Polaris.

En el pasillo, uno a cada lado de la puerta, habían dos soldados que le saludaron con rígida marcialidad.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les preguntó el terrícola, extrañado.

Los dos soldados cruzaron una mirada de asombro.

—Excelencia —se atrevió a decir uno de ellos—. Somos soldados de su escolta personal.

—¿De mí…? —murmuró el joven. Y se echó a reír. Había olvidado que él era ahora el Almirante Mayor del autoplaneta.

Asintió con un movimiento de cabeza y echó a andar por el pasillo. Los soldados le siguieron. El terrícola se detuvo, y ellos se detuvieron también. Miguel Ángel se volvió a mirarles con el ceño fruncido.

—Miren —les dijo—. Si quieren que seamos buenos amigos… déjenme ir solo, al menos por Palacio. ¿Hace?

Los soldados sonrieron y volvieron atrás. El joven siguió adelante hasta las habitaciones de Irene Polaris.

Llamó con los nudillos en las sólidas hojas de auténtico roble terrestre, Irene Polaris entreabrió la pesada puerta y le miró sonriendo.

—¡Ah, es usted! —dijo ella invitándole con un ademán.

Miguel Ángel entró y se quedó mirando las cajas y baúles que aparecían abiertos y desparramados por el vestíbulo.

—¿Qué hace usted? —preguntó.

—Ya ve. Me dispongo a abandonar estas habitaciones, son suyas ahora, como Comandante en Jefe —contestó ella, y no había el menor rastro de amargura en su voz.

—Pero… ¿adónde va? —preguntó el terrícola, sorprendido.

—La Administración me ha cedido una casita allá en los Cárpatos Valeranos. Parece ser que se trata de un lugar apacible, muy agreste y solitario, sólo visitado de vez en cuando por las águilas y las cabras monteses… Algo especial para almirantes destituidos, en fin.

Miguel Ángel la contempló con el ceño fruncido mientras ella andaba de un lado a otro muy atareada.

—Usted no fue destituida —apuntó.

—Bueno, da lo mismo. Al decir almirantes destituidos he querido decir almirantes desacreditados. Usted ya me entiende.

—Irene —dijo él después de unos minutos de silencio—. ¿Por qué dimitió usted? Le dije que no debía hacerlo hasta que venciéramos al Imperio de Nahum. ¿Se acuerda?

—El conato de rebelión me forzó a precipitar los acontecimientos. Tuve que nombrar un nuevo Estado Mayor, como usted bien sabe. Los hombres que aceptaron esos cargos sólo pusieron una condición; yo debía dimitir para que usted pudiera ser promovido a Almirante Mayor. Como los deseos del Estado Mayor General coincidían con los míos… no tuve el menor inconveniente en renunciar al mando. Creo que todo ha quedado arreglado a satisfacción de todos.

Miguel Ángel, que había tomado asiento sobre la tapa de un baúl, se puso en pie y le cogió las manos.

—Yo no estoy satisfecho de la forma en que han quedado las cosas, Irene —aseguró.

Ella se echó a temblar. Sus ojos huyeron a los de él.

—No tiene que preocuparse por mí —dijo con voz débil—. Total, dentro de algunos meses ya nadie se acordará de mí.

—Usted sabe que yo sí la recordaré, Irene —él la tomó por los codos y la acercó a sí—. No puedo consentir que se marche. La necesito a mi lado.

—¡Bah! —dijo ella forzando una risita nerviosa—. Tiene usted un excelente cuadro de colaboradores a su alrededor. Yo, como militar, terminé mi carrera el mismo día que usted llegó aquí.

—No le pido que se quede como soldado, Irene. Como yo la necesito, como yo la quiero… es como esposa.

Ella alzó sus aterciopeladas pupilas hasta las de él y le miró. Le

miró con la misma sumisa adoración que sus lejanas abuelas debieron mirar al hombre que las había conquistado, allá por los tiempos en que la Humanidad todavía habitaba en cavernas y el hombre cazaba el mamut. Porque aunque la sociedad había cambiado enormemente desde entonces, el amor entre el hombre y la mujer continuaba siendo el mismo de la primera pareja que habitó el mundo.

—¡Irene… querida! —murmuró Miguel Ángel.

Y tomándola entre sus brazos la estrechó contra su corazón.

Al día siguiente, Miguel Ángel Aznar asumía el mando supremo de las Fuerzas Expedicionarias.

* * *

Su quimérico sueño, aquel sueño forjado en la Tierra cuando siendo un muchacho leía los “Viajes de los Aznar”, se convertía hoy en palpable realidad. Era el Comandante en Jefe del autoplaneta “Valera” y las Fuerzas Expedicionarias. El famoso Orbimotor, concebido y construido por Aznares, regía de nuevo bajo el mando de un Aznar.

Y los valeranos lo celebraban. Se sentían más seguros ahora. Una especie de leyenda, corroborada por los hechos durante siglos, aseguraba que “Valera” sería invencible mientras su comandante fuera un Aznar.

—Eso son tonterías —decían los Aznar. Pero ellos en el fondo, creían a pies juntillas en la leyenda. Su destino parecía ligado estrechamente, el día que desapareciera el último Aznar desaparecía también para siempre el fabuloso planeta.

Imbuido de esta creencia, el nuevo Almirante se tomaba muy a pecho su cargo y desplegaba una actividad arrolladora. Como todos sus gloriosos antepasados, el joven Aznar poseía cualidades excepcionales para el mando. Su fe era la fe inquebrantable de un profeta. Su sola presencia magnetizaba a las multitudes. Bastaba verle por las pantallas de televisión con su optimista e ingenua sonrisa de niño para sentirse libre de preocupaciones y temores. Cuando él hablaba todo parecía sencillo y claro como la luz del día. Era un Aznar como todos los Aznares, y sin embargo distinto.

Le llamaban “el Muchacho” por su estatura, su esbeltez y sus

facciones aniñadas y sonrientes.

De la mañana a la noche, a veces durante veinticuatro horas seguidas, se movía incansable visitando las fábricas, arengando a los obreros, presentándose en los campamentos militares o en las academias, lanzando proclamas por televisión o discutiendo complicados planes con los jefes de su Estado Mayor.

Irene Polaris, que finalmente había marchado a su casita de los Cárpatos Valeranos para gozar de unas bien ganadas vacaciones, sólo podía verle personalmente muy de tarde en tarde. Los demás días le veía por televisión.

Al cumplirse el mes de su promoción a la jefatura suprema, todas las fábricas que anteriormente construían torpedos "robot" se hallaban fabricando aparatos "Omega" en fabulosas cantidades.

Los "Omega" eran la gran esperanza de los valeranos. Éstos no podían soñar siquiera en aprestar en un tiempo razonable una fuerza de ataque que igualara en calidad y en número a las fuerzas armadas nahumitas. No podían construir tres millones de acorazados siderales en un año… ni en realidad necesitaban construirlos.

—Un "Omega" es tan mortífero como un acorazado nahumita, es más rápido, más barato y más fácil de construir —decía Miguel Ángel—. Liquidaremos a la Armada Imperial con nuestra flotilla de pequeños aparatos "Omega".

Y esto era exactamente lo que medio millón de aparatos "Omega" hacían en aquellos días.

La Armada Sideral, consciente de que los cristianos eran más fuertes de día en día, había agrupado sus fuerzas en dos formidables flotas de un millón de buques cada una y buscaba a las divisiones ligeras valeranas por todos los rincones del espacio.

Pero las divisiones terrícolas rehuían sistemáticamente el encuentro directo con estas fuerzas abrumadoramente superiores. Lo que hacían era lanzar contra los nahumitas ataques sorpresivos y fulminantes de sólo unos minutos de duración.

La táctica consistía en huir delante de las flotas nahumitas durante horas, y a veces días enteros. De pronto, la división de aparatos "Omega" se adelantaba a los cruceros y se alejaba como unos trescientos mil kilómetros. Al llegar a esta distancia, los "Omega" viraban en redondo y aceleraban en dirección a la flota

nahumita. En breves minutos, los diminutos aparatos alcanzaban velocidades del orden de los doscientos mil kilómetros por minuto.

Los nahumitas lanzaban con todos sus tubos y el espacio se cubría de miles de millones de torpedos "robot". Los "Omega", seguían avanzando en línea recta. De pronto daban un prodigioso salto hacia arriba y burlaban el enjambre de torpedos, que pasaban por debajo. Los "Omega", se presentaban en medio minuto encima de los acorazados nahumitas, y éste era el momento señalado para organizarse la más caótica desorganización.

De un lado, los acorazados rompían su formación y huían cada uno por su lado dando guiñadas para esquivar a los dardos de "luz sólida". De otro lado, el enjambre de torpedos volvía en persecución de los endiablados "Omega", se mezclaban con los propios buques que los habían lanzado y allí era el desbarajuste. Los acorazados estallaban fulminados por los dardos perforantes de los "Omega", chocaban unos con otros o tropezaban con sus propios torpedos, por más esfuerzos que los torpedos hacían por evitarlo.

Cuando los nahumitas miraban a su alrededor diez segundos más tarde, los "Omega" desaparecían en la distancia dejando atrás rastros de brillante polvo amarillo y la Armada Imperial había perdido de treinta a cincuenta mil acorazados siderales.

Los "Omega", luego de realizar su hazaña, viraban en amplio círculo y volvían a reunirse tranquilamente con los cruceros desde los cuales se les controlaba.

El resultado de esta extraña forma de combatir fue que los nahumitas se sintieran crecientemente exasperados, lo cual les hacía cometer mayores y más frecuentes torpezas.

Les irritaba sobre todo, comprobar que sus fuerzas disminuían con alarmante rapidez a la par que aquellos endiablados y escurridizos "Omega" eran más numerosos de una semana para otra. Finalmente, después de sufrir repetidos descalabros, los nahumitas optaron por la absurda solución de refugiarse en sus planetas. Una decisión que no resolvía nada, sino que a la postre iba en contra de ellos mismos.

—Bueno —dijo Miguel Ángel al ser informado de esto—. Nuestros amigos los nahumitas se han acobardado. Se cruzan de brazos y esperan a que vayamos a buscarles en sus propias madrigueras. No debemos defraudarles.

Esto ocurría al cumplirse el medio año de la arribada del autoplaneta “Ascrea” al orbimotor “Valera”.

El número de aparatos “Omega” disponibles ascendía en aquel momento a un millón, en números redondos. A este ritmo, los “Omega” alcanzarían a ser algo más de dos millones al año de haber llegado Miguel Ángel Aznar. En el mismo tiempo, la Armada Imperial Nahumita había perdido unos ochocientos mil buques, cifra cuantiosa que dejaba reducida la Flota Imperial a unos dos millones de navíos aproximadamente.

La Armada Imperial todavía era numéricamente superior a la Armada Sideral Terrícola. Sin embargo, los nahumitas tenían que repartir esta tuerza entre no menos de media docena de planetas habitados, en tanto que la Armada Terrícola, no teniendo que guarnecer ningún planeta, podía concentrarse para lanzar un ataque contra cualquiera de los mundos habitados por los nahumitas.

Prácticamente, la Armada Expedicionaria Terrícola podía atacar cualquier planeta nahumita en cualquier momento. El Ejército Autómata estaba intacto y listo para efectuar un desembarco. Pero el Almirante Mayor no quería correr riesgos.

—Esperaremos otro medio año hasta que nuestro ejército tenga sus proyectores de “luz sólida” —aseguró—. Mientras tanto continuaremos minando la moral del enemigo llevando a cabo frecuentes “razzias” contra sus planetas.

El mismo día que Miguel Ángel Aznar pronunció estas palabras, recibió el golpe más rudo de su existencia. Al salir de la reunión de jefes de Estado Mayor, Amadeo Quesada le llamó aparte y le dijo:

—Almirante, no sé si se trata de una broma o va en serio, pero creo que debe saberlo usted de todas maneras.

—¿Qué ocurre, Amadeo? —preguntó Miguel Ángel alarmado.

—Una de nuestras patrullas siderales capturó a un acorazado nahumita que volaba completamente solo en dirección a “Valera”.

—¿Y bien? —interrogó Miguel Ángel sintiendo que el corazón le latía apresuradamente.

—La radio del acorazado no hacía más que repetir este mensaje: “Soy el “superalmirante” Aznar. No disparen. Soy el “superalmirante” Aznar” y así una vez y otra. Nuestros muchachos, por si era verdad, capturaron al navío en vez de destruirlo.

—¿Pero mi padre…?

—Ahí es donde empieza lo que no sé si calificar de trágico o burlesco, Almirante —murmuró Quesada mirando al suelo—. En vista que los del acorazado no daban señales de vida, nuestros muchachos se trasladaron a bordo. Y allí encontraron…

—¡Cielos! ¡Hable usted de una vez! —gritó el Almirante Mayor cogiendo a Quesada por el pecho y sacudiéndole con brusquedad—. ¿Encontraron a mi padre… sí o no?

—No lo sé, Almirante —contestó Quesada mirando al terrícola con ojos empañados—. Lo que nuestros muchachos encontraron, fue un gorila encerrado en una jaula. La jaula tenía un gran cartel donde ponía: "Yo soy el "superalmirante" Aznar".

El Almirante Mayor se asió al robusto brazo de Amadeo Quesada, el cual le llevó hasta una butaca. Allí, Miguel Ángel levantó su demudada faz hasta la contrita de su ayudante.

—¡No es posible! —exclamó con un hilo de voz—. ¡No es concebible tamaña monstruosidad! ¡Ese gorila no puede ser mi padre! ¡No puede serlo!

Amadeo Quesada no contestó.

—¿Dónde está ahora el acorazado nahumita? —le preguntó Miguel Ángel.

—Está en camino hacia aquí. Llegará aproximadamente dentro de cinco horas.

—¡Cinco horas! ¿No podrían traerlo más aprisa? Bien, no importa. Esperaremos. Pero no diga usted una palabra de esto a nadie. ¿Ha comprendido? ¡A nadie! Y luego, cuando llegue… No traigan a ese gorila aquí. Llévenlo a algún sitio apartado y solitario… por ejemplo, la casita de la señorita Polaris. Usted sabe dónde está.

Quesada, que había acompañado un par de veces al Almirante Mayor hasta el apartado refugio de Irene Polaris, asintió en silencio. Esperó un poco más hasta que Miguel Ángel pareció tranquilizarse algo, y luego le dejó solo para ir a asegurarse que la asombrosa noticia no trascendería de los pocos hombres que la conocían.

Mientras tanto, encerrado en su despacho, Miguel Ángel Aznar se debatía entre la duda, la esperanza y la desesperación. Su cerebro trabajaba tan aprisa que le pareció que las manecillas del reloj se habían parado.

Naturalmente, comprendía perfectamente lo que el cartel de la

jaula del gorila cautivo quería decir. Pero se negaba a admitirlo. Ambar de Nahum no pudo llegar hasta la crueldad inaudita de coger a su propio padre, arrancarle el cerebro del cráneo y hacerlo poner en el cráneo previamente vaciado de un gorila. ¡Aquello era demasiado monstruoso!

Se preguntó el joven si debería comunicar aquello a la familia. Desde luego no podía decírselo a la abuela, ni a su madre ni a su hermana. Quizá debieran saberlo el general Balmer y su sobrino Miguel Ángel Otero. Pero finalmente decidió no decir nada a nadie. Cabía que todo fuera una broma de aquella diabólica Ambar de Nahum, y en este caso no había necesidad de dar un disgusto a nadie. Ya bastaba con el suyo propio.

Después de cavilar durante media hora, Miguel Ángel decidió tomar una aerofalúa y volar hasta la casita de los Cárpatos Valeranos. Necesitaba de alguien que le diera ánimos y este alguien no podía ser ninguno de su propia familia.

Además; temía que de continuar allí todos acabarían por notarle en el rostro que algo grave le ocurría.

Llamó a Quesada, al cual había ascendido recientemente a vicealmirante.

—¿Cuál es el cirujano más eminente de “Valera”? —le preguntó.

Y su ayudante contestó sin vacilar:

—El doctor Cano.

—Vaya a buscarlo personalmente en mi falúa y tráigalo. No es necesario que se apeen de la falúa… yo mismo subiré a la azotea cuando usted me avise que han llegado.

El vicealmirante Quesada partió como una exhalación. Media hora más tarde llamó por teléfono desde la azotea:

—Almirante, ya estamos aquí.

—Voy en seguida.

El Almirante abandonó su despacho y sin decir a nadie dónde iba subió a la azotea. Quesada le estaba esperando junto a la portezuela abierta del aparato. Le presentó brevemente al doctor Cano, el cual era un hombre alto y extremadamente delgado, bastante viejo a juzgar por sus cabellos grises y las arrugas que rodeaban sus inteligentes ojillos azules.

Mientras la falúa se elevaba y volaba sobre Nuevo Madrid, pilotada por Quesada, Miguel Ángel explicó al doctor Cano lo

ocurrido y acabó preguntándole:

—¿Es posible meter el cerebro de un ser humano en el cráneo de un gorila?

—Desde luego, es posible —contestó el cirujano—. Lo difícil, en una operación de esa clase, es conseguir la perfecta coordinación de los nervios del animal con los del cerebro humano trasplantado a él. La capacidad craneana de un gorila no es la misma que la de un hombre, y su configuración también difiere bastante. En fin: el trasplante de un cerebro humano al cráneo de un gorila puede ser interesante como experimento. En la práctica, un cerebro humano no puede vivir más de unas horas, o unos pocos días a lo sumo, dentro del cráneo de un gorila.

—Suponiendo que el cerebro de mi padre hubiera sido llevado al cráneo de ese gorila… ¿podría usted sacarlo de allí y ponerle a salvo en el cuerpo de un ser humano?

—No puedo responder a esa pregunta sin ver el estado en que se encuentra el cerebro de su padre, Excelencia. Pero aún suponiendo que estuviéramos a tiempo de intervenir… ¿olvida usted que la manipulación de cerebros humanos vivos está severamente sancionada por nuestras leyes?

Miguel Ángel, que no había pensado en esto al llamar al doctor Cano, se mesó los cabellos desesperadamente.

—Quizá podamos conseguir un permiso especial —murmuró, casi sollozó—. Un caso como éste no se ha dado probablemente jamás en el mundo. ¡No sé… no sé qué decirle… estoy como loco!

El cirujano trató de animarle.

—Quizá —dijo— resultara todo una malvada broma.

—¡Ojalá lo fuera! —exclamó Miguel Ángel con un nudo de asfixia en la garganta.

La aerofalúa voló rápidamente la distancia que separaba a Nuevo Madrid de los montes Cárpatos y aterrizó en el jardín de la casita donde Irene Polaris habitaba. Ella, habiendo reconocido el aparato, salió de la casa.

La expresión radiante de su rostro cambió al ver la palidez del de su novio. Miguel Ángel se lo contó todo rápida e incoherentemente.

Entraron en la casa. Allí, mientras hablaban Miguel Ángel no cesaba de lanzar nerviosas e impacientes miradas al reloj. A ratos se

ponía en pie, paseaba furiosamente, volvía a sentarse…

Jamás vivió horas tan largas como aquellas. Finalmente, un punto brillante apareció en el cielo y se fue acercando. Era una aerofalúa de las empleadas corrientemente en los acorazados nahumitas. El aparato aterrizó en la parte posterior de la casa. Un oficial de la armada terrícola saltó a tierra y saludó.

—¿Lo han traído? —preguntó el Almirante Mayor.

El oficial señaló al peludo corpachón de un gorila que estaba siendo sacado del aparato por tres astronautas. El animal llevaba las manos atadas a la espalda. Se movía pesadamente… torpemente.

Al poner su planta en tierra, el animal levantó su horrible cara y clavó sus menudos ojillos en la cara de Miguel Ángel Aznar. El joven sintió erizársele la piel. Aquella mirada casi humana…

El gorila gruñó. No era un gruñido corriente, sino más bien un lastimero quejido. De pronto cerró los ojos y se derrumbó pesadamente en el suelo. El doctor Cano se inclinó sobre él. Ahora podía apreciarse en la cabeza del gorila una porción circular del cráneo donde el pelo corto parecía haber sido afeitado en fecha bastante reciente.

El doctor examinó los costurones que circundaban aquel casquete pelado y levantó sus ojos. Su mirada expresaba a la vez asombro y horror.

—A este mono le han abierto el cráneo no hace mucho —aseguró.

—¡Es él! ¡Dios bendito! —murmuró Miguel Ángel sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor.

—No se precipite, Excelencia —dijo el cirujano—. Estas cicatrices pueden formar parte del engaño.

—No hay tal engaño —aseguró Miguel Ángel con los ojos arrasados en lágrimas—. Ahora sé que dentro de esa horrible cabeza está el cerebro de mi padre. Me ha reconocido. Sus ojos han expresado parte del dolor que le atormenta… y se ha desmayado. ¿Ha visto usted desmayarse alguna vez a un gorila?

—Miguel Ángel, por favor —musitó Irene cerca de su novio—. Serénate. Si el cerebro de tu padre vive dentro de ese cráneo… él mismo nos lo dirá. Le salvaremos, tenlo por seguro.

El Almirante Mayor se dejó llevar hasta la casa. Mientras tanto, los hombres reunían sus fuerzas para arrastrar al desvanecido gorila

hasta la casita. Lo echaron sobre un diván. El doctor Cano le auscultó el corazón. Sacó una jeringuilla de su bolsa de instrumentos y le administró una inyección. Poco después, el animal movió los párpados y abrió los ojos.

Su mirada, una mirada turbia, recorrió el círculo de rostros que se inclinaban sobre él. Sus ojillos fueron a detenerse en la faz de Miguel Ángel Aznar. Éste profirió un grito y arrojándose sobre el gorila se abrazó a su cuello preguntándole entre sollozos si realmente era su padre.

El animal le puso una de sus manazas en el pecho y lo apartó con vigor. Le miró a la cara y profirió un gruñido.

—¡Dios mío, si pudiera hablar! —exclamó Miguel Ángel.

—Dénle un papel y lápiz —propuso un astronauta—. Si realmente es inteligente… ¡escribirá!

La proposición fue unánimemente aceptada. Mientras Irene corría en busca de papel y lápiz, los astronautas cortaron la cuerda que maniataba al gorila. Le ayudaron a incorporarse y, finalmente, le pusieron sobre las rodillas un cartapacio con un papel. Irene le colocó el lapicero entre los dedos…

En mitad de un silencio expectante, el animal clavó una larga y penetrante mirada en Miguel Ángel. Luego se inclinó sobre el papel y escribió lentamente con grandes y rudos caracteres: “MIGUEL ÁNGEL”.

—¡Padre! —exclamó el joven abrazándose al cuello del gorila. Y añadió—: ¡No podía creerlo! ¿Fue ella quien te puso así? ¿Fue tu hija Ambar? Te salvaremos… te sacaremos de esa mísera cárcel donde te han metido… ¡Padre!

El gorila que daba muestras de una creciente pesadez le apartó con rudo ademán. Luego, penosamente, escribió en el papel: “No oigo. Estoy completamente sordo”.

Miguel Ángel tomó el cartapacio y escribió en una nueva hoja de papel algo parecido a lo que había preguntado de viva voz. Luego tendió papel y lápiz para que el animal escribiera: “¿QUÉ IMPORTA? NO QUIERO QUE HAGAS NADA. MI HORA HA LLEGADO”.

Miguel Ángel volvió a escribir. El animal, haciendo un visible esfuerzo, escribió a su vez: “ES TARDE… EL DESEO DE VERTE ME DIO FUERZAS PARA VIVIR. MIGUEL ÁNGEL, QUE TU MADRE NO

SEPA JAMÁS LO OCURRIDO. NUNCA, NUN…”

El lápiz se deslizó de los dedos del gorila y cayó al suelo. Las últimas palabras eran difícilmente legibles sobre el papel. La negra cabezota del gorila cayó hacia atrás apoyándose en el brazo del diván. Sus anchas narizotas aspiraban ansiosamente el aire.

Miguel Ángel, arrodillado en el piso, lloró cogido a la ruda manaza del gorila mientras el doctor Cano lo auscultaba. El doctor se puso en pie y movió la cabeza de un lado a otro. Miguel Ángel sintió que la mano áspera del animal le apretaba la suya. Un momento más tarde volvió a apretársela. Parecía como si a través de la piel de su mano el ser que agonizaba dentro de otro ser extraño quisiera comunicarle al hijo sus últimos pensamientos.

Y el hijo lloraba. Lloraba ahogado en una rabia sorda, impotente, sintiendo la misma angustia del moribundo que no podía verle, ni oírle, ni siquiera hablarle. Y mientras lloraba, sintiendo los cada vez más débiles apretones de mano del gorila, Miguel Ángel rumiaba en voz baja las más horrendas calamidades para el pueblo nahumita en general, y en particular, para la malvada criatura que no satisfecha con dar muerte lenta a su padre, se mofaba de él remitiendo el cerebro donde tan grandiosos pensamientos germinaron a la cabeza de un torpe, ridículo y estúpido animal.

El gorila llevaba varios minutos muerto cuando el doctor Cano tocó ligeramente en el hombro a Miguel Ángel Aznar. El joven se puso lentamente en pie, salió de la casa y fue a detenerse ante el parapeto de la terraza que se asomaba a la grandiosa perspectiva de las montañas y los bosques valeranos. Allí permaneció un largo rato, con la mirada perdida en la distancia, hasta que una mano fina y tibia cogió la suya y se la oprimió suavemente.

Miguel Ángel Aznar se volvió a mirar a Irene Polaris, que estaba junto a él con sus bellos ojos arrasados en lágrimas.

—Prepara tus cosas mientras enterramos al gorila, Irene. Voy a llevarte conmigo.

—¿A dónde?

—Nos casaremos mañana.

—¿Por qué tanta precipitación? Yo creí que querías esperar hasta que el Imperio de Nahum estuviera vencido.

—El Imperio de Nahum estará vencido dentro de cuatro meses… inapelable y completamente vencido. Lo he jurado por la memoria

de mi padre.

La boda se celebró al día siguiente, sin estruendos, en una sencilla ceremonia a la que sólo asistieron los familiares y los íntimos de la pareja.

Aquel mismo día se inició una nueva fase de la guerra. Las divisiones ligeras, de allí en adelante, ya no limitaron su campo de operaciones al espacio. Ahora hostigaban a los planetas nahumitas.

Audaces, veloces y mortíferas, las escuadrillas de aparatos “Omega” volaban como relámpagos por encima de la estratosfera clavando sus dardos luminosos en las defensas antiaéreas de las ciudades, los acorazados siderales refugiados en sus Bases, las fábricas y los arsenales del Ejército y la Armada Imperial.

Las defensas antiaéreas nahumitas, concebidas para rechazar un ataque de bombas dirigidas, resultaban impotentes contra estos malignos rayos que llovían del cielo y lo atravesaban todo.

Ni siquiera en sus ciudades-refugio, a gran profundidad bajo tierra y teniendo una sólida cobertura de “dedona” y hormigón por encima, podían sentirse seguros los nahumitas.

Los buques de la orgullosa Armada Imperial, que se habían negado a combatir en el espacio, eran destruidos en tierra firme. Los bien repletos arsenales del Imperio saltaban con fuerza apocalíptica uno tras otro arrasando extensas áreas que quedaban contaminadas de mortal radioactividad. El Imperio entero temblaba de terror bajo aquellos rayos misteriosos contra los que no existía defensa posible…

Los valeranos, a estas alturas, estaban seguros de ganarle la guerra al Imperio de Nahum. Sabían que la victoria sería suya. Cada día salían de sus fábricas nuevos contingentes de aparatos “Omega”, mayor número de cruceros, hileras interminables de proyectores de “luz sólida”… La victoria era ya sólo cuestión de tiempo y de cifras de producción. El Imperio se caía a pedazos bajo los ataques incansables y cada vez más violentos de la Armada Sideral Expedicionaria.

Tres meses más tarde, el ejército de invasión se ponía en marcha hacia los planetas nahumitas. Y con un techo de blandientes rayos luminosos, el Ejército desembarcó. Millones de máquinas “robot” se lanzaron a través de las campiñas nahumitas asolándolo todo a su paso como un gigantesco rodillo.

La resistencia nahumita no existió prácticamente. Los nahumitas, acurrucados en sus refugios subterráneos, temblaban como azogados confiando en la misericordia de los cristianos terrícolas. No querían luchar. No querían morir. La vida era para ellos demasiado preciosa para arriesgarla, ni siquiera luchando por defenderla. Además; sabían que los cristianos no les matarían si no ofrecían resistencia. No eran capaces de hacerlo… lo decían sus libros y los escasos misioneros que, perseguidos y escarnecidos por todos, todavía seguían existiendo en Nahum como reminiscencia de las pasadas victorias del terrestre sobre el Imperio.

Al mes de haberse iniciado los desembarcos, todos los planetas nahumitas habían rendido las armas. Y aquel mismo día, ante un piquete de ejecución, la Emperatriz de Nahum sollozaba y se arrastraba a los pies de los soldados terrícolas suplicándoles piedad en nombre de su clemente Jesucristo.

Fue preciso dominarla a viva fuerza y amarrarla a un poste para que los soldados pudieran disparar sobre ella.

F I N